

DETRÁS DE LA MAGIA DE UN BESO



Solo  
tú

**RELATOS**

Paula Guzmán



Detrás de la magia de un beso

# Solo tú



Relatos

PAULA GUZMÁN

Título Original: Detrás de la magia de un beso, solo tú

Autor: Paula Guzmán © 2018

Edición Digital: Diciembre 2018

Código de registro: 03-2018-022811050300-14

Autoras de Hotel Boutique: Romance en Tinta © 2018

Código de registro: 03-2018-022811072700-01

Fotografía de Portada: Pixabay

Ilustraciones de interior: Pixabay y Pngtree

Diseño de Portada: Paula Guzmán y Luis Endrino

Corrección Paula Guzmán

Maquetación: Luis Endrino Fuentes

*El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.*

A todas aquellas personas que nunca dejan de creer que el destino siempre nos puede sorprender y a todos mis queridos lectores, porque sin ustedes, mis letras no tendrían eco.

A Ramón y María Luisa, mis eternos amores





*Todo  
por un beso*

Las madres nunca se equivocan, digo yo. Tienen un sexto sentido, o no sé bien, si ojos detrás de la cara, pero por lo menos la mía, se anticipa siempre a todos mis movimientos. «Adela, deberías de hacer algo de provecho con tu tiempo libre, porque solo tonterías se te ocurren en la ociosidad».

Si fuera tan sabia como ella, haría caso de cada una de esas advertencias, pero definitivamente, perdería un poco de chispa mi vida.

Eran cuatro días festivos los que tenía por delante, sin ningún plan en particular, para pasarlos de manera medianamente entretenida. Pablo, mi novio, se había ido a la playa con sus *amigotes*. Si, así les digo yo porque me caen muy mal, esa pandilla de vagos en especial. Como todos son solteros y con ganas de fi esta, (menos mi Pablo) viven la vida loca entre el alcohol y las chicas, (menos mi Pablo) y demás está decir que me carcomen los celos, aunque mi chico nunca me haya dado motivo comprobado para ello, en los seis meses que tenemos de relación.

Cuando mi novio me dijo que se iba con los *amigotes*, le monté una buena escena —digna de telenovela venezolana— con lágrimas dolidas y todo el rímel batido, pero de nada sirvió, pues ya tenía su plan muy bien armado y la decisión era inamovible.

—Pichurri, ya lo teníamos hablado. Sabes que son mis amigos de la primaria y cada año hacemos esos viajes juntos, no llores por favor.

—¡Cómo no voy a llorar! ¡Me llamas Pichurri y no me gusta! ¡Te largas a la playa dejándome a mi suerte, mientras te la pasas de lo lindo rodeado de mujeres y fi esta!

—Adela, no te pases. En el tiempo que llevamos juntos, nunca te he dado motivos para que dudes de mí, y aunque se acerquen cinco rubias despampanantes, mis ojos solo se pueden fijar en ti, porque tú eres la mujer que quiero y la única que me gusta.

De más está decir, que caí rendida de amor ante tan elocuentes palabras, me limpié los ojos, me soné la nariz y le di un largo beso de despedida, que casi se nos va de las manos. Afortunadamente, en casa, —ahí nos encontrábamos solitos— tenemos un perro que es muy eficiente en su tarea de guardián (aunque sea una pulga de dos kilos) y nos avisó que mis padres acababan de llegar.

El beso terminó, Pablo se fue y Adela, o sea yo, me tiré en la cama a ver el techo. No tenía nada qué hacer, ni ganas de pensar.

Mi estado contemplativo del techo duró apenas veinte minutos, ya que mi madre, con uno de sus acostumbrados gritos desde la cocina, me sacó de nuevo un susto de muerte. Y es que solo mencionaré que grita como si se hubiera cortado la mano entera, y a pesar de los años, no me acostumbro a que es su manera habitual de comunicación.

—¡Adelaaaaa! Te busca Leticia.

—¡Dile que suba, por fi s! —respondo del mismo modo, para estar a tono.

Leticia es mi mejor amiga y estamos juntas para todos lados, no sólo en la universidad, también en nuestro tiempo libre. Ella es una chica desenfadada, que siempre está de buen humor y le encanta andar “*del tingo al tingo*”, o sea, en cualquier actividad, evento social, paseo o lo que surja. No es nada romántica y tiene la costumbre de romper el corazón de los chicos que caen rendidos a sus encantos. Esto por supuesto, no es a propósito, yo creo que lo que le pasa es que no ha llegado la persona adecuada que cambie esa fachada y la haga suspirar todo el día como me pasa con mi Pablo.

—¿Qué haces ahí tumbada a las tres de la tarde? —pregunta sorprendida, con maleta en mano entrando a mi habitación, todavía con las gafas de sol puestas.

—No tengo nada qué hacer, Pablo se fue a pesar de mis lagrimones a la playa con sus *amigotes* y no estoy de humor.

—Pues eso ahora lo resolvemos, ya verás que yo me encargo.

—¿Y esa maleta? ¿Te vas de puente?

—Sí, contigo. Aquí estoy para alegrarte los días y sacarte a que te de el aire, como siempre.

Leticia sacó su agenda verde —porque como pierde el teléfono celular a cada rato, no se fía de ella misma y prefiere actuar a la antigua, en lo referente a sus contactos, porque son sagrados— y con la concentración que requería la misión, comenzó a marcar números en el teléfono.

Llamó al menos a dieciséis amigos y amigas para hacernos de un plan decente para estos días, pero por inverosímil que parezca, no logró nada. Todos estaban fuera, enfermos o le mandaba el número directo a buzón de voz.

Estaba lamentando su estampa y la poca previsión de no planear algo a tiempo, cuando se percató de que mi teléfono sonaba y sonaba y yo no lo cogía.

—¿No piensas atender la llamada?

—Nop

—¿Y eso? Puede ser Pablo, o alguna alma caritativa que nos saque del encierro.

—Es César. Ya me tiene harta, no deja de llamar y de insistir. Sabe que no me interesa, que tengo novio y no le importa, ¡dale que dale!

—A ver —dijo al tiempo que me arrebatava el teléfono, argumentando algo muy absurdo —aunque sea para entretenerme yo le contesto.

César fue mi novio antes que Pablo. Duramos un año y yo estaba perdidamente enamorada (como es mi costumbre) y a mis veintiún años hubiera podido hacer cualquier locura que él me hubiera pedido. Era muy maduro para la edad y muy inteligente, me tenía tonta; me enseñó muchas cosas y todo era increíble hasta que... me di cuenta de que también era increíble con una tal Laura y una tal Helena.

Le lloré varias semanas hasta que conocí a mi Pablo y me di cuenta de que por algo pasan las cosas y tomé la oportunidad de volver a enamorarme.

César nunca se conformó con que yo lo dejara, argumentó mil y una absurdecas, como que él no era culpable, sino ellas, que se ponían en bandeja a sus pies. Y como era todo un caballero no podía hacerles el feo. Pero a la que realmente quería era a mí. ¡Más idiota no se puede ser!

Y desde entonces no deja de buscarme, mandar fl ores, llamar a mi madre para charlar y creerse que la tiene de su lado, dedicarme canciones en el muro de Facebook y hasta plagiar poesías de otros, haciéndolas pasar como suyas.

A veces hasta ternurita me da cuando miro todo lo que hace, no quiero nada con él nunca más, pero a pesar de todo, me cae bien el chico, hasta que se pone pesado como ahora y me dan ganas de torcerle lo que más le duela.

—¿Y dices que es un lugar mágico? —escucho decir como Leticia ya tumbada a mi lado en la cama, está de lo más entretenida hablando con César —. Es cuestión de hablarlo con ella, pero a mí el plan me parece fabuloso. Es más, no le veo el problema, dime: ¿A qué hora pasas a buscarnos?

¡Pero no puedo creer lo que estoy escuchando! Acaba de quedar con mi acosador oficial sin consultarme siquiera. Mala amiga y traidora, se irá ella sola porque conmigo no cuenta, por muy aburrida que me la pase todo el puente.

A la mañana siguiente, siete con veinte de la mañana...

—¿En esa mini maleta llevas todo, Adela?

—No necesito más, y anda ya muévete antes de que me arrepienta.

La bruja de Leticia me convenció de aceptar el plan que César le propuso. La vi tan aburrida y decepcionada a la pobre, que accedí con las condiciones pertinentes de que mi acosador se mantuviera a una distancia prudencial de mí, y no tratara de presionarme con lo mismo de volver y ni cosas de amor.

Y aquí vamos, en el confortable y deportivo automóvil color granate de César. Yo voy en el asiento de atrás y Leticia de copiloto y Dj del viaje.

César nos invitó, bueno, en principio era solo a mí, pero al ver que no quedaba de otra, también hizo extensiva la invitación a Leticia, para pasar estos días de puente en la casa de descanso de su padre. En todo el tiempo que duramos de novios, nunca tuve la oportunidad de conocerla porque siempre algo sucedía para arruinar el plan; así que voy a lo desconocido con un sujeto bastante conocido.

La dichosa casa se encuentra a cuatro horas de la ciudad, pasando autopistas, cruzando cerros, pueblos fantasmas, caminos de terracería y ochenta vacas, mulas y pollos paseando por los caminos. El pueblo se llama Juanacatlán de los Perales y la casa se encuentra a orillas de una hermosa presa, rodeada de una vegetación inmejorable y clima fenomenal. Claro, eso ha dicho César todo el camino, enumerando todas las maravillas que nos vamos a encontrar y lo bien que lo vamos a pasar.

Leticia, por lo menos, ha mantenido la conversación en temas triviales y ha tratado de captar ella sola la atención de César, según se lo exigí antes de salir de casa.

Hasta ahora vamos bien, creo.

Paramos en un supermercado a comprar chuches y bebidas para el camino, cosa que agradecí, porque se me hizo eterno el trayecto. Con el sol de la mañana y el estómago lleno, no pude evitar quedarme dormida a pierna suelta

perdiéndome la soporífera charla de mis compañeros y todo el paisaje de la entrada al pueblo.

—¡Bienvenidas a Juanacatlán de los Perales, señoritas! Pueblo mágico del estado de Michoacán —decía César muy orgulloso, mientras estacionaba su flamante deportivo frente a una enorme casa de tipo mexicano contemporáneo.

—¿Ya lo catalogó el gobierno como tal? —dijo Leticia cuestionando la afirmación de César, alegando como siempre cualquier tema.

—Bueno, no. Pero no tardarán en declararlo así. Ya lo verán.  
—decía mientras me ofrecía la mano para salir del auto.

Como es un caballero, se me hizo feo despreciar aquel gesto de amabilidad. Siguió comentando lo del “Pueblo Mágico” con Leticia, mientras haciéndose el tonto, me tomaba de la cintura para avanzar a la puerta de entrada. Yo haciéndome a un lado de manera discreta y él necio tomándome de la cintura.

Mal vamos...

César traía llaves de la casa y con un movimiento galante, después de abrir la puerta, nos invitó a pasar. La casa efectivamente era espectacular, amplios espacios en las estancias, que bañaban de luz y sol todos los rincones. Los muebles eran de ratán oscuro con tapices de colores claros y un sinfín de detalles decorativos que harían las delicias de cualquier revista de decoración.

—¿Y tu papá, César? ¿No hay nadie aquí? —preguntó la entrometida de mi amiga. Afortunadamente, pues yo me estaba planteando lo mismo.

—Mi padre está en el pueblo. Acostumbra a comer ahí los días de fi esta en compañía de Guadalupe, mi madrastra, mi media hermana Cindy y el hijo del primer matrimonio de Guadalupe, Marcos.

—Ahhhh —contestación muy inteligente de mi parte. Afortunadamente Leticia vuelve a interrogar a César y le dice:

—¿Tu familia sabe que somos invitadas? ¿Porque tenemos un sitio para dormir aquí verdad? Si no ya me dirás...porque lo único que he visto por el camino ha sido hierba, gallinas y vacas. Ningún hotel.

—Tranquila, Leticia. Por supuesto que tienen un sitio para dormir. Mi padre se irá hoy mismo de regreso a la ciudad. Tenemos la casa para nosotros solos.

¡Madre mía! Esto último ya no me gustó nada de nada.

Antes de bajar el equipaje, César nos propuso una visita por toda propiedad para conocerla. Salimos por la puerta de la cocina y nos encontramos con un jardín precioso con vistas a la presa. Seguimos caminando y nos llamó la atención una pequeña casa de madera que nos dijo el anfitrión, era de su hermana Cindy cuando era más pequeña. Leticia de inmediato se entusiasmó y se adelantó para mirarla de cerca, y fue entonces que César se aprovechó y me tomó con sus manos de la cintura, para girarme de frente hacia él.

—Eres tan bonita, Adela. ¿Sabes que te sigo queriendo?, ¿verdad?

Este individuo ya se pasó de listo y se olvidó de su promesa de no incomodarme con lo mismo. Tratando de tener paciencia, tomé sus manos para retirarlas de mi anatomía, cuando sentí que me apretó más para atraerme hacia su cuerpo.

—Solo te pido un beso, Adela. Por favor, solo un beso. Te necesito.

—¿Qué parte de la frase “*No quiero nada contigo*” no te quedó clara? Acepté venir porque prometiste no volver a lo mismo, sabes que tengo novio y además tengo meses diciéndote que lo nuestro se terminó. Podemos ser amigos, “amigos”, César, los amigos no se besuquean ni se meten mano. Definitivamente no habrá beso, y hazle como quieras.

Si algo tiene este chico, es la virtud (o defecto) de la perseverancia, ya que estuvimos alegando lo mismo un buen rato más, mientras Leticia ni cuenta se daba, porque había logrado colarse a la casita de muñecas y no salía.

—¿Es tu última palabra, Adela?

—Si, César. No seas infantil y ya que estamos aquí, disfrutemos de...

—me dejó con la palabra en la boca el muy imbécil. Se dio la media vuelta y se alejó caminando hacia el interior de la casa haciendo su berrinche.

—¿Y César? ¿A dónde va? —llegó hasta mi lado Leticia de lo más despreocupada y contenta.

—¡Yo que sé! Más bien tú, ¿por qué demonios me dejas sola con él?

—Ay Adela, ni que fueras una niña, solo fui a ver la casita, que por cierto es una pasada.

—César se fue haciendo berrinche porque no quise darle un beso.

—Apenas alcanzo a terminar la frase cuando las dos escuchamos el motor de

un automóvil y las llantas de este derrapar, haciéndonos voltear a la vez y mirar como César se fue, dejándonos ahí tiradas en una casa ajena en medio de la nada y sin equipaje.

Leticia sacó de su bolso el teléfono y comenzó a marcar su número como una loca enfurecida. En vano, pues después de siete veces que le colgó, supusimos que apagó el aparato, porque la mandaba directo a buzón de voz.

—Berrinchudo, infantil de mierda. ¡No me lo puedo creer! —decía Leticia furiosa dando vueltas por el jardín —. Todo por un beso, Adela. ¡Por un puto beso!

—Todo por un beso...

—Yo digo que nos tenemos que ir de aquí, porque solo nos falta que nos acusen de allanamiento de morada y acabemos en la cárcel, Adela.

—A mí no me eches la culpa, que la de la idea fuiste tú, señorita: “quiero salir de puente a como dé lugar” —contesté en tono irónico y ya muy enojada también.

—Ya, ya, déjame la responsabilidad, pero mueve el culo y vámonos.

Para nuestra desgracia, la puerta de la cocina, por donde salimos al jardín, estaba cerrada por el portazo que dio César cuando se fue, y se nota que solo se abre por dentro.

¡Fantástico! Pasemos al plan B: salir como delincuentes por otro sitio.



Rodeando la casa por el jardín, vislumbramos una verja de madera a lo lejos, «Vaya, no todo es tan malo, saldremos de este lugar sin tanto problema», pensaba ya más tranquila, cuando de la nada, salieron un montón de gansos haciendo un escándalo monumental. Nos sacaron un susto de muerte, pero nos tranquilizamos al ver que solo eran esos dulces animalitos y no alguna persona que nos hubiera descubierto.

Mientras más nos acercábamos, mi tranquilidad pasó en un segundo al terror más absoluto, cuando vimos que aquellos dulces seres, se iban sobre nosotras con furia, emitiendo graznidos nada amigables. Juro que uno de ellos hasta los ojos rojos tenía.

Tomé a Leticia firmemente de la mano y comenzamos a correr hacia la verja a toda velocidad, esquivando a los ahora, seres del infierno que nos querían comer vivas.

Saltamos la protección al más puro estilo de *Indiana Jones* (en su primera película), dejando atrás a los escandalosos emplumados, con el alivio de haber salido de ahí sanas y salvas. Nos sentamos un momento en la jardinera de la entrada de la casa, a tomar aire y a pensar lo que haríamos a partir de ese momento.

Después de un rato, decidimos que lo más acertado sería buscar el famoso pueblo: “Juanacatlán de los Perales” y conseguir algún transporte que nos regresara a la ciudad. No traíamos equipaje, pues el estúpido de César se lo llevó en el maletero, al igual que mi bolso que dejé en el asiento, pensando que regresaría por él. Así que solo contábamos con el presupuesto de Leticia, el cual ascendía a la maravillosa de cantidad de trescientos pesos (quince euros) y su máster card.

—Pero ¿cómo se te ocurre salir de la ciudad con trescientos pesos, Leticia? ¡Venías cuatro días reina! ¿Pensabas vivir de la caridad de César todos los días? Porque esto solo te alcanza para chicles y tres refrescos.

—¡Nooooo! Pensaba vivir de tu caridad, pero ya veo que una no se puede confiar.

La casa estaba sobre una estrecha carretera y caminamos en el sentido contrario de donde habíamos llegado —según Leticia me dijo—. Después de veinte minutos de caminata al rayo del sol, descubrimos un letrero torcido y oxidado que indicaba que el famosísimo “Pueblo Mágico”, se encontraba a quince kilómetros todavía.

A pesar de ir con ropa ligera, el calor nos estaba matando, estábamos deshidratadas y de muy malas pulgas. Pasadas aproximadamente dos horas, con los pies reventados y además de sedientas, muy hambrientas, conseguimos llegar a la primera calle del pueblo. Nos paramos en la primera tienda de abarrotes que encontramos y bebimos cada una un litro de agua al hilo sin parar, sentadas en la banqueta.

—Disculpe, buen hombre, ¿sabe usted en dónde podemos encontrar un taxi o algún transporte confortable que nos lleve a la Ciudad de México? —preguntó Leticia al primer transeúnte que se cruzó en nuestro camino.

—Aquí no hay taxi señorita. El autobús que va para la capital, y pasa por ocho pueblos antes, sale todos los días a las nueve de la mañana. Ahí, enfrente de la farmacia de Doña Remedios —contestó señalando con el dedo a lo lejos. Y como el dedo lo tenía medio torcido, pues nos quedamos en las mismas.

—¿Algún hotel para pasar la noche? —me atreví a preguntar con cautela.

—¿Hotel? No, niña. Si necesitan alojamiento, el único lugar es la casa de huéspedes de Chona y Juan, pero ellos no están. De hecho, nadie está efectivo en este pueblo hoy. Están en las peleas de gallos, yo voy para allá. Si quieren pueden acompañarme para ver si corren con suerte y encuentran a Chona, porque el Juan, a estas alturas ya debe estar con muchos tequilas encima y ni caso les va a hacer. Y, por cierto, yo me llamo Chucho, para servir a dios y a ustedes.

¡Vaya panorama más lamentable!

Afortunadamente, a pesar de todos nuestros contratiempos, el bueno de Chucho, con su parloteo constante y amabilidad sincera, nos hizo sentir un poco mejor, cuando de camino a las peleas de gallos, nos dio todo un recorrido turístico por el pueblo, explicándonos de sus lugares y sus habitantes.

—Yo me despido aquí niñas, la Micaela me está esperando. Pero cualquier cosa que necesiten y crean que puedo ayudarlas, no duden en preguntar por mí y buscarme.

Nos despedimos de nuestro guía de turistas, muy agradecidas y emprendimos la tarea de buscar a Chona, entre un montón de gente, para asegurarnos el techo para pasar la noche.

Aquel sitio era como un granero a gran escala, con gradas improvisadas alrededor del mismo, en donde al centro se podía apreciar un escenario circular, con la barda baja pintada de blanco y el suelo estaba lleno de arena gruesa. La gente, en su mayoría, hombres con sombrero de paja, estaban arremolinados alrededor, gritando y disfrutando de un terrible y sanguinario espectáculo con gallos de pelea.

—Leticia, esto es un brutal caso de crueldad hacia los animales. ¡Y todavía les ponen navajas en las patas!

—Yo que tú, bonita, cerraba la boca de inmediato, o te echarán a pelear al

círculo con uno de ellos —escuché decir a mi espalda, una voz tan profunda y enigmática, que hasta me erizó la piel. Y acercándose a mi oído terminó diciendo —. Y no se llaman navajas, son espolones de carey, bonita.

Volteando de inmediato, me quedé muda con lo que vi. No sé si el estar tanto tiempo al rayo del sol, el cansancio o el hambre que tenía, me hicieron ver a un hombre que describiré en una sola palabra: Perfecto. Me le quedé mirando y todavía tengo mis dudas, si hasta la baba se me cayó mientras lo contemplaba, hasta que sentí el codazo de Leticia, que me sacó de mi nirvana particular.

—Encantada, soy Leticia y ella es Adela. Disculpa el comentario... mmm.

—Gabriel, ese es mi nombre. —Te decía, Gabo.

—Gabriel, me llamo Gabriel.

—Como sea. Estamos, algo perdidas y después de un desafortunado contratiempo, nos encontramos aquí buscando a Chona para que nos alquile alojamiento por esta noche.

—Chona... ya veo. Hoy es un día difícil para encontrar alojamiento en el pueblo. Mucha gente de fuera viene a quedarse por las peleas de gallos y el palenque de la noche. No estás para saberlo, pero vendrá a tocar *La Sonora Ricura* en vivo.

—¡No sé qué es *La Sonora Ricura*! —dijo Leticia, casi horrorizada.

—Ni yo, pero en tal caso, me da la impresión de que lo descubriremos juntos esta noche —contestó una nueva voz que se incorporó a la conversación a nuestras espaldas. ¡Qué afán de llegar por la espalda como vándalos, estando tan buenos! Porque mencionaré, que el segundo también estaba como para comérselo, si no, Leticia podría respaldar mi afirmación, pues en ese momento, la que se había quedado en baba fue ella.

—Marcos, encantado. ¿No me presentas a tus amigas, Gabo? —¡Otro! Me llamo Gabriel, y bien que sabes que odio que me digan: “Gabo”. Ellas son Adela y Leticia. Y estas bellas señoritas, están buscando un lugar para dormir esta noche, ¿cómo ves?

—¡Ay mi madre! —escuchamos todos la exclamación de Leticia, mientras esta miraba su teléfono celular con los ojos como platos, impresionada de lo que fuera que captara su atención, interrumpiendo la conversación de los chicos.

—¿Qué te pasa mujer? ¿Qué miras? —expresé preocupada.

—¡Qué bueno que se te olvidó el teléfono en tu casa, Adela!

—¡Ay ya, Leticia! Dime lo que pasa. —Todo este intercambio verbal de amigas, tenía a los chicos intrigados, a la par que muy entretenidos, y sin perder detalle, muy ansiosos también. Animaron a la loca de Leticia a soltar la sopa.

—Promete que estarás bien hasta no corroborar los hechos, Adela. Qué en este pueblo perdido de la mano de dios, no serviría de nada ponerse loca.

—Estoy a punto de cometer *Leticidio* si no hablas de una buena vez —casi gritaba a punto de perder los nervios.

—Es Pablo.

—¿Mi Pablo? ¿Qué le sucedió? ¿Está bien?

—Me da la impresión de que está más que bien, amiga. Lo siento.

Le arrebaté el teléfono a Leticia de las manos, ya harta de jugar a las adivinanzas, y miré por mí misma, lo que causó en mi amiga tal agobio.

Eran fotografías de la cuenta de Instagram de Gerardo —uno de los *amigotes*—, mismas que me dediqué a analizar a detalle, sin pensar que lo haría en voz alta.

—Efectivamente es mi Pablo. En la playa, con sus *amigotes*, brindando con una yarda de cerveza, sin camiseta, ¡en calzoncillos!, Doblado de la risa, con una araña (mujer rubia oxigenada de grandes pechos, labios de Botox y poca ropa) comiéndole la boca y agarrándole “*el paquete*” y una lagarta (mujer con cara de zorra en celo, también de pechos falsos, obviamente porque eso se nota, y un micro bikini que no dejaba nada a la imaginación) manoseándolo por donde la otra no pasaba aún o ya había pasado (difícil determinarlo).

—¡Vaya! —Dijo Marcos, asombrado sin saber qué más agregar. Pero mirando la foto de reojo, cuidando su expresión para no ofender más a Adela. Si ya desde ese momento se le notaba que era buen chico, aunque tanto la araña como la lagarta estuvieran de muy buen ver, se calló la boca. No sabía si primero compadecer a Adela, envidiar a Pablo o imaginar a las susodichas en vivo y a todo color, hasta que sintió una mirada furibunda que lo taladraba y se olvidó del tema. Leticia no le quitaba ojo, con la ceja levantada, como si hubiera adivinado sus pensamientos y estuviera... ¿celosa?

—Dame eso, Adela. No tiene sentido que sigas mirando. Te invito un... ¿refresco, tequila, mezcal? —dijo Gabriel solícito, tratando de sacarme del

estado de shock, cuando me quitó el teléfono y lo regresó a su dueña.

—Lo que sea.

—Pues vamos por lo que sea, Adela. —me iba diciendo mientras ya me traía de la mano arrastrándome por aquel abarrotado sitio hasta la barra improvisada que atendía la mismísima Chona. Cosa que yo obviamente, desconocía en ese momento.



## *Gabriel*

Cuando vi a la mujer de la casa de huéspedes, supe enseguida que no podía dejar a Adela sola, tenía la necesidad de protegerla y de asegurarme que estuviera bien. No supe por qué me vino ese sentimiento, pero así fue. Me encantó desde momento que la vi y necesitaba más tiempo con ella, quería conocerla y tenerla cerca todo el tiempo que pudiera. Así que para evitar que de “pura suerte” alojaran a las chicas en la casa de huéspedes de la mujer, me adelanté, según yo, para ordenar las bebidas, pero lo que realmente hice, fue pedirle a Chona que les negara posada a las mujeres, contándole brevemente la desilusión de Adela.

—¿Pus que te trais? ¿Y tú que vela tienes en este entierro, si ni la conoces? —me reprimía Chona, con la frente fruncida.

—Shhh, te juro Chona, que seré un caballero. Me conoces desde niño, no me ofendas, ya te dije que necesita apoyo emocional.

Chona, soltó un suspiro de resignación, sirvió las bebidas y con la mirada me indicó, que haría lo que le pedí. Yo solo quería asegurarme de tener el control de la situación por el bien de ellas, aunque Adela no supiera en ese instante, que aquella rolliza mujer era la tal Chona, hasta que oí a mis espaldas la conversación con Chucho, y me alegré de ser siempre tan previsor.



Chucho me presentó a Chona y Gabriel vio como la mujer, me informaba que la casa de huéspedes tenía el cupo lleno.

¡Me sentía tan estúpida! Mi segundo nombre debería ser “*La Cuernos*”. Ocho meses tirados a la basura, dando lo mejor de mí, a otro bicho que no se lo merecía.

¡Si para suerte la mía, joder!

—Ya, Adela. No le des más vueltas ahora. Eres una mujer preciosa y si no te valoran y te respetan, ellos se lo pierden. No dejes que nadie tenga ese poder en ti.

—Gracias, Gabriel —y no sé por qué, me nació darle un abrazo de

agradecimiento, que al contacto sentí que me ponía la piel de gallina.

—Te propongo un plan, nos tomamos este tequila y luego buscamos a los chicos para disfrutar de *La Sonora Ricura* en vivo. Bailamos, nos relajamos y después pueden pasar la noche con nosotros en casa de la madre de Marcos.

—¡Oye! ¡Pues qué te crees! ¡¿Que voy a pasar la noche contigo, sin más, solo porque me invitas tequila, baile y hospedaje?!

Viéndolo bien, pues sí que tenía que agradecer su preocupación y atenciones, pero el tesorito tampoco se entrega así porque sí.

—No, no. Me expresé mal, Adela. Discúlpame. Me refiero a pasarla bien en plan de amigos y después las invitamos a pasar la noche, cada uno en habitaciones separadas.

—Bueno... —comenté con un ramalazo de penita en mi interior, quién sabe por qué.

*La Sonora Ricura*, resultó ser un conjunto musical de catorce elementos, que vestían iguales con trajes azul eléctrico fosforescente y corbata de moño amarillo limón. Tocaban en su mayoría, música de salsa y cumbia. Las letras de las canciones eran de lo más surrealistas, pero que nos hicieron divertirnos mucho acompañadas del ritmo pegajoso que las acompasaba.

Por solo dar una muestra, mencionaré algunas frases de aquellas canciones que se me quedaron grabadas, para poder dejar una idea más clara de lo que me refiero. «*Al son de tu cucu me enamoro*», «*Soy pobre, pero estoy muy bien dotado*», «*Cuando te puse tetas, me dejaste abandonado*».

Durante las tres horas del baile, después de las peleas de gallos, estuvimos muy entretenidos y la pasamos muy bien los cuatro. Realmente lo que sucedió con mi exnovio Pablo, en el fondo sabía que tarde o temprano pasaría. Era demasiado bueno para ser cierto, se esmeraba siempre en atenciones cuando “tenía” que salir con los *amigotes*; lo que pasa es que no quise asumirlo a tiempo.

También me di cuenta, que no lo quería tanto como pensaba, y solo lo había tomado como remedio al engaño de César. ¡Muy mal de mi parte! eso me debería dejar lección porque yo tampoco fui honesta con mis sentimientos, todo por no querer quedarme sola. Si no, cómo puedo explicarme a mí misma, que esté aquí, babeando por Gabriel y que lo que me duela de la foto que vi de Pablo, sea solo el orgullo.

Muy mal, Adela.

Sucedió algo muy extraño en aquella velada tan peculiar. Leticia tenía la mirada diferente, estaba radiante, creo que hasta corazones le salían de los ojos, o fueron los cuatro tequilas que me bebí a morro, pero eso me pareció, cuando me percaté de que no le quitó el ojo de encima a Marcos en toda la noche.

Cuando el ambiente se empezó a poner pesadito, por la ingesta masiva y desmedida de tequila y mezcal, de todos los habitantes de Juanacatlán de los Perales, asistentes. Los chicos nos tomaron —cada uno a su cada cual— de la cintura a modo de protección y nos retiramos del lugar apresuradamente para evitar un mal momento

El detonante de la retirada fue una pelea entre dos sombrerudos, por los resultados de la última pelea de gallos, que había sido muchas horas antes. Eso ya era pura necesidad.

—Iremos a casa de mi madre, ella no está, pero no hay ningún problema en que ambas ocupen la habitación de mi hermana Cindy —nos decía Marcos en el automóvil cuando íbamos de camino.

Cindy...me suena. Pero estaba tan cansada que lo pasé por alto, hasta que Marcos se estacionó afuera de la casa de los gansos malditos. ¡Marcos era el hermanastro de César!

Entonces Leticia al percatarse de lo mismo que yo, volteó a verme con cara de pánico e incertidumbre, preguntándome con los ojos: ¿y ahora qué hacemos?

Antes de bajar del auto, e interrumpiendo a Marcos en la explicación de lo comfortable que estaba la habitación de su hermana y la cena tan buena que nos iba a preparar, tomé aire y me atreví a hablar.

—Esta casa, tiene que ver en parte con nuestro percance y el habernos quedado tiradas en el pueblo sin nada.

—¿Qué dices? —preguntó Gabriel mirándome fijamente esperando mi explicación a la voz de ya.

—Todo fue por un beso. Por un puto beso, me reitero, Adela, lo sé. Pero es que da coraje, la verdad. —comentó Leticia metiendo su cuchara como siempre, no pudiéndose quedar callada, ni aún a riesgo de que nos volvieran a echar, y ahora sí, estaríamos bien jodidas.

Pasé por alto la intervención de mi amiga, dirigiéndole una mirada de *cállate*, que afortunadamente surtió efecto, pues no volvió a decir ni pío. Relaté brevemente mi relación con César y lo sucedido después de que cortamos. El ansia viva de Leticia por querer salir a como diera lugar en los días de descanso del puente, y mi misericordiosa decisión de venir de paseo con mi acosador oficial. Después, obviamente el incidente del beso y la manera que nos quedamos abandonadas a muchos kilómetros de nuestra casa.

Nadie decía nada y yo ya me estaba imaginando lo peor, titulares en los periódicos que dijeran: «*Hermosas mujeres desaparecidas, fueron encontradas sin vida, después de un ataque de fieras salvajes en medio de la nada. Se dice por ahí, que el Chupacabras ha vuelto*». Hasta sentí que me recorrió en el cuerpo un escalofrío que no pasó desapercibido, cuando terminé mi relato y todos seguían en silencio.

—Sí, César no deja de ser un imbécil. —comentó Marcos a carcajadas dirigiéndose a su amigo —. Lo que me extraña, Adela, es que duraras tanto tiempo de relación con él, te ves una chica inteligente.

Me volvió un poco el alma al cuerpo, por lo menos el hombre que nos daría techo esa noche no estaba de parte de mi acosador. Ya teníamos alguna esperanza.

—¿No dices nada, Gabriel? —pregunté con cautela.

—Sí. Tengo frío, hambre y sed. Y... ya estuvo bueno de dedicar tantos pensamientos a puros imbéciles por esta noche. ¿Entramos? —concluyó guiñándome el ojo derecho y ofreciéndome la mano para salir del auto. ¡Ese guiño! ¡No, por favor!

*¡Ya me enamoré!*

Entre todos hicimos la cena que nos supo a gloria, después de comer puras fritangas en la feria aquella de pueblo, o lo que sea que hubiéramos estado. Preparamos pasta carbonara, ensalada y de postre encontramos tarta de manzana. Para cuando nos sentamos a la mesa, parecía que fuéramos amigos de años. Bueno, Leticia no. Ella parecía la mujer de Marcos, porque lo mismo le comía la boca por más de diez minutos seguidos, que le reñía por equivocarse en la receta. En ese momento supe que los flechazos existen y el amor a primera vista no es un mito popular. Leticia tanto que me criticó por cursi, ese día firmó su sentencia y me dio tema para burlarme de ella de por vida.

Después de la sobremesa, Leticia se fue a dormir, y no precisamente a la habitación de Cindy. Se fue con Marcos, sin pudor o remordimiento alguno. La puedo entender, eso de enamorarse, te nubla la mente, te anula la razón y te alborota las hormonas. Y lo dice una experta, que conste. No lo digo por eso de irse a dormir con alguien —aclaro de manera específica— que esto puede llegar a manos de mi madre. Lo digo por el hecho de enamorarse y atreverse a vivir una nueva oportunidad junto a alguien.

Nos sentamos en el salón frente a la chimenea eléctrica Gabriel y yo, conversando de todo y conociéndonos un poco más. Es un hombre encantador, me enteré de que es amigo de Marcos desde la primaria y son inseparables. Es ingeniero agrícola y tiene negocios en el pueblo y sus alrededores, por eso es por lo que visita el pueblo de manera frecuente con Marcos, que es veterinario y dueño de los gansos diabólicos. Hacen viajes de manera regular y ocupan esa casa sin problema como si fuera suya, aunque ellos también viven en la ciudad, cada uno en un apartamento independiente.

—Adela —dijo mi nombre tan suave que me sonó a caricia, acercándose un poco más a mí para preguntarme —. ¿Te puedo dar un beso?

¡Esto qué es! Pensaba yo, otra vez...

Aunque a diferencia de aquella mañana, yo sí quería beso, y pude ver en su mirada que me lo estaba preguntando con respeto y sin presionarme a hacer nada que no quisiera. «Adela, para que te haces la tonta, si desde hace tres horas con doce minutos, mueres por un beso suyo», pensé siendo honesta

conmigo misma.

Y sí, le di el beso. No, perdón. Le di el primero de muchos besos, que marcaron mi vida para siempre.

## *Dos años después*

No me insulten por favor, que esto es un relato y no me da tiempo de contar más detalles. Pero para no dejarlos con la duda, les diré que...

Terminé la carrera de Administración de Empresas sin ninguna complicación para beneplácito de mis padres, y me gradué a la par que Leticia, que a pesar de la pansa inmensa que tenía por el embarazo, la libró y terminó apenas en tiempo, para después de tres días pasada la graduación y el examen profesional, ingresar en el área de maternidad del hospital norte de Arboledas, dando a luz a mi ahijada María Elisa.

Siguiendo con Leticia, aprendió a tratar a los gansos y ahora hasta nombre le puso cada uno. Yo, cada que voy de visita, los miro de lejos y con cierto recelo, pues no me creo ni un pelo su buena voluntad. Se casó con Marcos en una boda súper cursi y rosa, organizada por ella misma —y con un poco de mi ayuda para qué negarlo—, pero lo más importante de todo, es que está feliz y radiante cada día, como aquella primera vez que la descubrí mirando a Marcos, el día que lo conoció.

¡Me alegro tanto por ella!

Y Adela, o sea, yo. Me fui a vivir con Gabriel después de unos meses de salir juntos. Mis padres pusieron el grito en el cielo y mi madre casi se desmaya de la impresión, pero no me importó, bueno, sí, un poco. Pero con mucha paciencia les hice ver que era lo que realmente quería hacer. Y me vieron tan convencida que me apoyaron, aunque también tuvo que ver que Gabriel se los echó a la bolsa con su simpatía y sinceridad desde el día uno de conocerlo.

También lo mío fue amor a primera vista, pero ahora si tuve la cautela de irme con pies de plomo en cada paso que daba. Trabajo con él en la empresa que creamos juntos, yo la administro y él trabaja en lo que le gusta. Se podría pensar que es imposible seguir tan enamorados después de trabajar y vivir juntos, pero realmente él sale mucho de viaje, y además como nos damos nuestros espacios personales, no nos vemos tanto como nos gustaría. Así que aprovechamos cada instante que tenemos para vivir esta maravillosa relación que tenemos.

No estamos casados, tal vez un día lo hagamos, pero no es algo que nos quite el sueño. Porque el verdadero sueño ahora es estar juntos.

¿Y qué pasó con César? Pues que cuando se enteró de quien era mi novio y este le dirigió una mirada matona, no volvió a molestarme.

¿Y qué pasó con Pablo? Pues que yo le apliqué la misma, aunque con más estilo y recato, publicando en mi cuenta de Instagram, una *selfie* en donde le daba un besito de piquito a Gabriel con el escueto comentario: «Dónde las dan, las toman».

No volvió a llamar.

Y lo más importante de todo esto, es que a pesar de que me fallaron y me hicieron pasarla mal, no perdí la esperanza, no perdí la ilusión y tampoco perdí las ganas de volver a creer.

Soy enamorada del amor, pero hoy, soy una mujer perdidamente enamorada de Gabriel.

La felicidad llegó a mi vida, y fue... *Todo por un Beso*

=

=



*Fin*





*Año  
Nuevo  
y... ¿tú?*

Navidad... época de compartir, de dar amor y de estar en familia.

Eso dice la publicidad del centro comercial, con carteles en todos los pasillos de las tiendas, en donde se muestran caras felices y sonrientes de familias perfectas con gorros de Santa Claus.

Yo ya tuve mi ración obligada del año, seguramente mi familia nunca podría ser parte de uno de esos carteles publicitarios, ya que estamos a años luz de celebrarlo como dios manda.

Mi madre no cocina, y, por consiguiente, ninguno heredamos ni el gusto ni la sazón para atrevernos a hacer semejante cosa; si no fuera por mi Tía Josefina y a recientes fechas por mi cuñada Verónica, terminaríamos pidiendo una pizza. Eso sí, con algo de pavo para sentir que estamos en sintonía con la celebración.

En la casa nunca hubo árbol ni regalos de navidad, mi padre decía que no había que dejarse llevar por el consumismo de las fechas, más bien yo creo que era una buena excusa porque es un tacaño consumado. Y mi madre como vivía para su trabajo, no le daba el tiempo ni las ganas para ocuparse de esas cosas. Como mucho algún adorno colgado en la puerta o en alguna ventana.

Nos entregaban a mi hermano Roberto y a mí, un sobre con dinero para poder gastarlo en ropa y una mínima parte en algún capricho, claro está, después del día 26 que empiezan las rebajas.

Es por esa razón que a mí me da igual si viene navidad, no tengo arraigada la tradición, y la verdad, no me hace ninguna ilusión. Más bien me pongo a temblar, porque donde se le ocurra a la tía Rosaura llegar con su ejército de hijos, nietos y agregados, ¡ahí sí se arma la fi esta!, —nótese el tono irónico— ya que la tía tiene una memoria excepcional, pero para todas las anécdotas negativas y para quejarse de todo el mundo sobre lo que le han hecho los últimos cuarenta y cinco años de su vida. Debería mostrarse en mi casa un cartel que dijera: Navidad... época de paciencia, tolerancia y oídos sordos.

¿A qué viene todo lo anterior?, pues que estoy hasta el moño de la época, afortunadamente sólo me falta el brindis de la ofi cina por el fi n de año, y de ahí directo a disfrutar de unas merecidas vacaciones en la playa con mis

amigas Esther y Tania. Ahí recibiremos el año nuevo.

Trabajo en una empresa mexicana importadora de productos provenientes de China, y soy la encargada del área de Recursos Humanos. Por lo que el brindis lo organicé yo. He contratado un catering para las cuatro de la tarde y calculé estar a lo sumo un par de horas, ya que mi vuelo a Puerto Vallarta sale a las nueve de la noche.

A la hora señalada, todos los empleados se encontraban reunidos, y la sala de conferencias había sido transformada en un lindo salón de coctel, en donde los bocadillos y las bebidas estaban colocados de manera tan elegante y armoniosa que hasta pena da desacomodar tan laborioso montaje.

Somos casi cien personas, en su mayoría hombres, que como es lógico miraban de reojo su reloj de tanto en tanto, cuando habían pasado casi cuarenta minutos y seguíamos sin empezar, ya que el gran jefe no había aparecido todavía.

Yo la verdad ya me estaba desesperando un poco, tenía el tiempo medido para llegar al aeropuerto y por ningún motivo estaba dispuesta a perder mi vuelo, pero también como la responsable de este evento en la oficina, y aunque quisiera no podía desaparecerme sin más. traté de sonreír y captar algo de las conversaciones de unos y otros, pero la verdad, me importaba un pepino. Estaba tentada a marcar al móvil del Sr. Ortiz para preguntarle ¿por qué demonios no está donde debe a la hora que él mismo propuso!

Ya casi era una mujer valiente, y a punto de llamarle, cuando lo vi entrar a la sala, ¡uff! me volvió el alma al cuerpo. ¡Con lo que me urge que acabara este trámite!

—Buenas tardes, Elisa —se dirige a mí el señor Ortiz con toda calma dándome un apretón de manos—, le ha quedado todo muy agradable para el brindis, buen trabajo—. Y se va, dejándome ahí plantada, a saludar a los demás empleados, así, con su calma de siempre, pero emanando esa autoridad que lo caracteriza y que hace que con una simple mirada se intimide cualquier mortal.

Ya quiero ver que cualquiera se atreva a contradecirle en algo.

Pasaban los minutos y cuando estaba a punto de comerme la última uña que me quedaba sin mordisquear de la mano derecha, el Sr. Ortiz tomó la

palabra y comenzó con su discurso para los empleados.

Bla, bla, bla.... Un gran año, buen esfuerzo de todos... el nuevo Director Comercial..., yo apenas presté atención al discurso, pues estaba repasando mi lista mental de lo que llevo en el neceser para mi viaje, pero la última parte si me interesa, nuevo director, ¿y yo, estoy aquí de adorno? ¡Si soy la de Recursos Humanos! Y no se me informa, ¿cómo dijo este hombre? Bueno, ya después de reyes averiguamos. Termina el discurso, todos directos a los canapés y a brindar.

Después al abrazo... me es incómodo, no soy mucho de recibir tantas muestras de cariño juntas y menos tantos abrazos sobeteados de parte de los compañeros. Aguanto como una campeona y dejo de último a mi jefe, así aprovecho para despedirme y recordarle que nos veremos hasta el seis de enero.

Salgo como un rayo hacia el estacionamiento, enciendo el motor y el reloj del auto me indica que son las siete con quince minutos. Necesito un milagro para llegar a tiempo.

Es diciembre, toda la gente está en la calle, todos los coches circulando y me encuentro en la vía rápida a paso de tortuga; digamos que la velocidad máxima que he alcanzado han sido los veinte kilómetros por hora.

Ya llevo cantadas ocho canciones de mi lista de favoritos, cuando escucho sonar mi teléfono celular. Sin perder la concentración de mis deberes de conductora responsable —según yo—, me estiro para tratar de alcanzar el bolso y buscar a tientas el aparato.

Fue un segundo, tal vez dos. Al tiempo que logro pescar el teléfono, siento un golpe en el auto que me hace parame en seco.

¡Madre mía, le choqué al coche de adelante!

Por supuesto el conductor afectado, detiene el vehículo y se baja de su auto. Lo veo venir hacia mí. En primer lugar le echo un escaneo rápido y apreciativo, ¡Qué alto! Y esa espalda... — seguro es nadador—, buen gusto para vestir, y esa sonrisa... me quedo como boba.

¿Sonrisa? Si él me hubiera pegado a mí, de menos ya se hubiera llevado tres gritos.

De acuerdo, ¡qué remedio! Tengo que bajar a ver la tontería que he provocado. Intento abrir la puerta de mi auto, intento, porque no se abre, ni con un empujón, ni con dos, ni con tres. ¡Perfecto, he descuadrado el coche al punto que ni la puerta del conductor puedo abrir!

Me acomodo la falda, lo que puedo y sin perder el glamur, y me paso con muchas dificultades al asiento del copiloto.

¡Bingo, esa sí se abre! Bajo lo más dignamente posible después de todo el espectáculo anterior, me aliso la falda y me acomodo el cabello. Todo lo anterior bajo la atenta y resignada mirada del guapo, alto y según yo, nadador afectado en este percance de tránsito.

Le dirijo mi mejor mirada, con caída de pestañas y todo, y le ofrezco la mano para estrechársela al tiempo que le digo:

—Hola, soy Elisa Macías, encantada. Te pido una disculpa por este pequeño percance, pero te dejo mis datos para que me pases la factura de los gastos. Lo siento, pero ahora tengo mucha prisa. Un gusto. Hasta luego—. Todo lo anterior se lo digo de corrido, sin apenas tomar aire (por aquello de no perder más tiempo, que ya de por sí tengo muy escaso para llegar a mi destino) le tomo la mano y le deposito ahí una de mis tarjetas de presentación.

Cuando estoy por darme la vuelta para regresar a mi auto, siento que me toma suavemente de la muñeca derecha, y al tiempo que conectamos con la mirada, me dice:

—Espera —esos ojos... tiene una mirada muy dulce y penetrante a la vez—. Encantado Elisa, mi nombre es Luis Arana, lamento mucho tener que contradecirte, pero no te puedes ir —me dice el muy... sin perder la sonrisa y esa calma que ya me está empezando a hartar.

—No me digas... —alargo la última palabra con fingida incredulidad, agregando—. Y eso, ¿Por qué razón? Si te acabo de dar mis datos y también te he dicho que te voy a pagar y que ahora mismo tengo mucha prisa—. Le contesto, y en cada sílaba se puede apreciar perfectamente que los decibeles de mi voz van subiendo al punto de terminar la última palabra, (coloquialmente dicho) como una vieja loca e histérica.

Luis, el nadador, sólo me señala con un alzamiento de cejas para que dirija la mirada hacia mi auto. Me quedo muda de la impresión. ¡Es oficial!, ahora sí voy a llorar. Cuando lo miro me doy cuenta de que está hecho un acordeón

el cofre, ¡cómo no me di cuenta antes!

Y ya perdiendo la vergüenza, pues ya hice suficiente ridículo los pasados diez minutos, me tiro a los brazos del nadador para dar rienda suelta a todo mi berrinche, empapándole la camisa al pobre conductor, nadador, afectado por mi culpa.

Pasaban los minutos y yo ahí seguía, muy a gusto abrazada al desconocido, hasta que las sirenas de una patrulla interrumpieron mi momento de desahogo con aquel sujeto que —tema aparte—, olía de maravilla. Me separo de él y miro su camisa blanca almidonada, empapada de todos los fluidos que salieron de mi angelical rostro, aderezado con rímel *waterproof* negro, muy bien esparcido y sólo entonces, haciéndome chiquita, atino a decirle:

—Lo siento —y ahora sí mi caída de pestañas es sincera y avergonzada —que conste.

Mi nadador, me dedica una sonrisa condescendiente y se dirige a conversar con los oficiales de azul que acaban de bajar de su patrulla y miran mi auto moviendo la cabeza de manera negativa y con algo de lástima, diría yo. Veo que Luis está hablando en su teléfono celular y que después de unos minutos despide a los oficiales, los cuales se retiran a hacer algo de provecho por fin. Van a agilizar el tránsito según creo.

Ya son las ocho de la noche, debería estar abordando en este momento el avión. Ya ni para qué me angustio más, he perdido mis vacaciones. Seguramente será imposible conseguir otro vuelo justo un treinta de diciembre. Se me escapan otras lagrimillas cuando lo veo venir hacia mí para informarme:

—Los del seguro no tardan en llegar y pedí una grúa para tu auto. En el caso del que yo conduzco, como es rentado, vienen para acá los encargados y me sustituirán la unidad.

—¿Ya estás más tranquila, Elisa?, me lo dice con esa voz, que si estuviéramos en otras circunstancias le propondría patentar para comerciales de esos que sólo salen de noche. Pero a pesar de su voz, me molesta su pregunta y le digo intentando ser amable —cosa que no consigo.

—Tranquila... ¡Claro que no estoy tranquila! Estoy enojada, frustrada, avergonzada, con el auto destrozado, el rímel corrido y las vacaciones arruinadas. ¡Perdón!, pero así no creo que se pueda estar tranquila, ¿no crees?

—Y se puede saber ¿por qué me regañas a mí? Si mi única culpa fue que el destino me pusiera circulando delante de una mujer que no se fi ja por dónde va y se olvidó de pisar el freno de manera oportuna por estar buscando no sé qué, Se-ño-ri-ta—. Ya esto último fue en tono de ironía por supuesto.

—Y tú, nadador ¿Cómo sabes que me distraje buscando algo? —le pregunto muy chulita.

—Llevo observándote desde mi espejo retrovisor, yo creo que cuatro interpretaciones, supongo que muy buenas, porque a leguas se notaba que se te iba la vida con cada melodía. Esos gestos, y hasta los ademanes con las manos, se te nota pasión.

Y, por cierto, no soy nadador, no sé de dónde lo sacaste, pero dime ¿Tú eres cantante?

Mi ex nadador, ahora sí logró sacarme una carcajada. Debo parecerle una loca bipolar, pero de verdad, no puedo parar de reír.

Mientras esperamos la grúa, el ajustador del seguro y demás individuos que estarán involucrados por mi estupidez, nos ponemos a charlar. Me entero de que es nuevo en la ciudad, viene de León, Guanajuato a trabajar aquí. Llegó antes para instalarse y poder ir adaptándose al ritmo vertiginoso de la gran urbe.

Yo le aclaro, primero que nada, que no soy cantante —de hecho, soy muy desafinada— pero que me gusta mucho hacerlo, aunque sea sólo para mí. Me disculpo por vez decimoquinta, de impactar mi auto contra el suyo, de ensuciarle la camisa y de todos los inconvenientes que le haya generado con este desafortunado incidente.

Y ya en confianza, también le cuento mi triste historia con mis vacaciones arruinadas, lo que odio estas fechas navideñas y de fin año, y lo cansada que me siento después de tantos meses de trabajo arduo. Con la nueva frustración de tener que pasar el fin de año encerrada en mi departamento viendo la televisión sola. Le comento de pasada, que como cada quien en mi familia tiene sus propios compromisos para estas fechas y mis dos únicas amigas de verdad están en la playa, ese será mi único plan para recibir el 2017.

Es muy probable que el melodrama que le acabo de narrar le haya conmovido hasta la médula, capaz que hasta ojitos y mirada del gato de *Shrek*

le hice, porque de inmediato, tomó mi mano y con un ligero apretón cargado de solidaridad me dijo:

—No tiene por qué ser así, Elisa. Dime, ¿qué te gustaría hacer?, si pudieras pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería para que cambies esa hermosa carita de pena, por una sonrisa?

Lo miro, y lo primero que me cruza la mente antes de derretirme por ese sujeto es “Comérmelo a besos”, este hombre además de guapo es adorable, aunque no sea nadador.

Pero, aunque sé que parezco una desquiciada muchas veces, me contengo, aplaco los cochinos pensamientos que empiezan a inundar mi mente y respondo lo más cuerdo, honesto e inofensivo que se me ocurre primero.

—Poder pasar el año nuevo en Puerto Vallarta, como lo tenía planeado—. Y en ese momento sólo escucho una palabra salir de sus labios.

—Hecho.

Decidimos que no había motivo para esperar a la mañana siguiente a iniciar el viaje. Habíamos tratado de conseguir pasajes aéreos, pero por supuesto, había sido un absurdo siquiera haberlo considerado; en ninguna aerolínea y en ningún horario había un solo lugar disponible. Así que después de cenar algo rápido en un *Burger King* y recargar el depósito de gasolina del auto rentado de mi ex nadador, tomamos la autopista a las doce de la noche, con destino a nuestra primera escala del viaje: Guadalajara, Jalisco.



Cómo pueden cambiar las cosas en un segundo, tal vez dos... Ahora estoy de camino en una carretera desierta, en plena madrugada, cantando a dueto “*California Dreamin*” —versión *Sia*— con un completo desconocido, que lo único que sé es que se llama Luis Arana, no es nadador, es de León, trae un auto alquilado, es un caballero, está guapísimo, huele a gloria... Vale, con los tres últimos datos me ha sido suficiente para ir feliz, a pesar de todo lo que ha pasado hoy, en el asiento del copiloto, como si fuéramos colegas de toda la vida. Llámenme superficial, pero es un hecho real.

A las cinco de la mañana estamos entrando a Tlaquepaque, todavía es de noche, estamos muertos de sueño y cansancio, pero ya llevamos la mitad del viaje por lo menos avanzado.

Decidimos parar en un pequeño hotel boutique, muy chulo, por cierto, para descansar un par de horas y darnos una ducha antes de reanudar nuestro camino.

Paramos el auto y nos dirigimos a la pequeña y pintoresca recepción del mini hotel, en dónde tenemos que despertar con cuidado al encargado, que está roncando y durmiendo a pierna suelta en su silla. Luis toma la palabra para decirle:

—Disculpe señor, buenos días. Necesitamos una habitación sólo por unas horas.

El señor encargado, al despertar, se queda mirándonos, completamente inexpresivo durante al menos un minuto, ya hasta me empieza a dar un poco de “yuyu” este tipo.

De repente pestañea varias veces y se levanta como si nada.

—Buenos días caballero y bella dama. Me appena decirles que no tenemos habitaciones disponibles para el día de hoy. Les dejo una tarjeta para que puedan hacer su reservación en algún otro momento. Estamos para servirles, porque aquí en: “*Hotel Confort Tlaquepaque Resort México*”, nuestra misión es tener a nuestros clientes satisfechos—. Termina muy orgulloso, su discurso aprendido de memoria.

¡Vaya!, yo estaré ahora mismo muy cansada, pero de Confort y de Resort no le veo nada a este sitio. Que está bonito, eso sí, pero parece más una pensión que un hotel. Le dirijo una mirada compungida al encargado y otra a mi ex nadador, y éste de nuevo toma la palabra, acercándose en plan cómplice al sujeto. —Amigo, necesito de su ayuda. Sólo serán unas horas, verá... — y bajando un poco la voz, continúa —estoy tratando de quedar bien con esta hermosa mujer y necesito un poco de privacidad, usted me entiende, ¿no? Por fin he encontrado el amor, ¡no sabe lo que ha sido mi vida querido amigo! Un verdadero viacrucis de decepciones y soledad. No puedo dejar escapar la oportunidad. ¡Imagínese que se me arrepiente!, quedará en su conciencia—. Termina con una cara de pena, que hasta yo estoy conmovida y se me antoja jurarle amor eterno en ese momento, a pesar de saber que está

engañando al pobre hombre.

El encargado ha quedado impactado con aquella sentida confesión, nos mira, y soltando un suspiro de condescendencia nos informa que puede darnos una habitación, además, no nos va a cobrar nada. Corre por cuenta de la casa.

Se da la vuelta para salir del mostrador y le estrecha la mano a mi ex nadador acompañado de una palmada amistosa en la espalda, para mirándole, concluir:

—Suerte amigo, que es usted un gran hombre y se merece ser feliz.

Bueno, ¡casi me hace llorar de la emoción! Definitivamente, Luis se ha ganado un *Oscar* con esa actuación magistral. Tomo nota, mmmm... por eso no hay que fiarse de los hombres.

Y al encargado, estoy a punto de abrazarlo por tener un corazón tan grande.

Nos dirigimos a nuestro “*nido de amor*”, y yo me pregunto ¿qué se pensará éste?, que, de verdad, ¿vamos a dormir juntos?, espero que no. Yo soy una mujer muy actual y sin prejuicios, pero de eso, a encamarme con un desconocido, así como así, pues va a ser que no. Por muy guapo, ex nadador, caballero, que huele divino, con cuerpo de infarto, sonrisa sincera, ojos de... ¡YA! No y punto.

Sólo hay una cama de matrimonio, ni un sillón, nada más. No es una habitación fea o pulgosa, pero sí es minúscula. Muy limpia, con su mini bañito y nada más.

—Pues a dormir un rato, Lisa, ¿te puedo llamar así? —me dice al tiempo que se va desprendiendo de su chaqueta, desabotonando la camisa, después le sigue el cinturón y cuando va por la cremallera del pantalón por fin puedo reaccionar.

—Sí —tengo que hacer un esfuerzo por que me salga la voz de nuevo—. Lisa está bien. Oye, disculpa, una observación ¿piensas dormir conmigo? Y así, ¿sin ropa?

—Pues no uso pijama, no tengo. Lo siento. Sería muy incómodo dormir con el traje puesto. —Dice como si fuera algo de lo más lógico.

—Está bien —digo atajando el tema —me voy a dar la vuelta para darte algo de privacidad y cuando estés ya listo me dices. Me refiero, bueno, listo, dentro de las sábanas, ya preparado para, bueno... ya me entiendes... —termino de hablar frustrada de parecer una retrasada libidinosa.

¡Si no gana una para vergüenzas, la verdad!

—Ya —escucho que me dice después de unos momentos.

—¿Ya qué? —le contesto todavía mirando hacia la pared.

—Pues que te estoy avisando que ya estoy listo, ya seguí tus indicaciones, y ya estoy debajo de las sábanas esperándote para poder dormir. A este paso no descansamos nada y no llegas a recibir el año en la playa como quieres.

¡Felicidades! Y el premio por la lunática del año para: Elisa Macías—, pienso mientras me giro y tratando de no mirarle descaradamente, acomodo en medio de ambos una almohada —no es que dude de él, que se ve todo un caballero, más bien dudo de mí, porque ya me está poniendo cardiaca mirarle el torso.

Lo único que me quito son las zapatillas y me suelto el cabello. Me acuesto en mi lado de la cama, muy en la orillita, digamos que con un cuarto de culo en el aire y me quedo en posición de momia mirando al techo.

La verdad me muero de sueño y me urge descansar, pero, entonces empiezo a pensar... qué tal si al quedarme dormida me caigo de la cama, o tal vez ronco, o tal vez babeo.

No, mejor no me duermo.

—Lisa, ¿no piensas dormir un rato al menos? Puse la alarma de mi teléfono, no te preocupes, llegaremos a tiempo para recibir el nuevo año en la playa —me lo dice mirándome solo con uno de sus ojitos somnolientos.

—Estoy bien, gracias. ¡Si estoy descansando de maravilla!, tú duerme no te preocupes.

—Bien —dice no muy convencido

—Bien —le contesto. No sé qué está bien, pero tampoco me gusta quedarme callada.

Pasan unos minutos y cuando creo que ya se durmió, me permito girarme un poco para mirarlo a descaro. No sé qué me pasa con él. Tiene como un imán que me atrae, no sólo por estar tan guapetón, tiene un halo especial, irradia una energía muy positiva. Creo que hasta se me ha escapado algún suspiro, y de repente no sé más.

—Lisa, escúchame, ya es hora de despertar, bella durmiente —escucho que una voz me llama a lo lejos, bueno, no tan lejos. Abro los ojos y me encuentro a escasos cinco centímetros con el rostro de mi ex nadador.

—Tú primero, ve a vestirte y me dices cuando termines, así aprovecho dos minutitos más—. Y me vuelvo a acomodar para disfrutar de mis ciento veinte segundos extras de sueño.

—Lisa —me dice al oído, casi.

—Mmmmm

—¿Me podrías soltar para que me pueda levantar? —sin comentarios, está de más decir que aparte de loca, bipolar, amargada de las fi estas navideñas, choca autos y lo que se haya acumulado en las anteriores horas, ahora he quedado como acosadora. Me tapo la cara con la sábana y hago mutis.

Hemos tomado la autopista que nos llevará a mi tan ansiado destino, les he llamado a mis amigas para avisarles que llego a tiempo. No quise ponerme a dar explicaciones de todo lo acontecido porque sé que son unas chismosas y me hubieran tenido de menos veinte minutos al teléfono.

Esto de autopista es un decir, ya que estamos en un camino, con un carril de ida y uno de vuelta; lleno de curvas, pero eso sí, con un paisaje inmejorable, lleno de árboles y naturaleza.

Hemos estado charlando todo el camino, un poco de todo y nada a la vez. Ha sido contratado en una empresa a la cual se tendrá que incorporar en pocos días. Es el menor de tres hermanos y ya había vivido en la ciudad cuando estuvo en la Universidad.

Pasamos por un lugar llamado “*El Puerto de San Blas*” ¡Vaya! Me lo imaginaba algo más elegante, más... no sé, es bastante sin chiste, no entiendo cómo los de “*Maná*” hicieron su canción tan famosa, llamada del mismo nombre, inspirados aquí. Pero como dicen, para gustos los colores y hay mucho excéntrico pululando por el mundo...

Nos detenemos a comer algo en una playa que nos recomendaron por su belleza, se llama “*Guayabitos*”. Es un lugar de ensueño, pero hay mucha gente y bastante escandalosa, por cierto. Como no me puedo poner “Plan princesa”, me quito los zapatos y nos dirigimos al chiringuito menos concurrido.

Ya estamos esperando nuestros platillos cuando Luis recibe una llamada y me pongo oído alerta para no perder detalle, y así escucho que dice:

—Que sí, flaca. Llegué perfecto. Lo siento, no podré ir a casa de tus

padres a la cena —se queda escuchando —no te enojas, sabes que te quiero, que eres muy importante para mí... si, ya tendremos tiempo de hablar y recuperar el tiempo perdido.

Ya me estoy empezando a enojar y mucho. Esa flaca ¿Qué? ¿Quién demonios es? ¿Quién se puede llamar flaca? ¿Qué no tiene nombre o qué? Pero cuando si me da la estocada final es cuando escucho decirle a la tal “flaca”:

—Ya sabes que te adoro, que te deseo lo mejor y que tengo muchos abrazos guardados para ti. Besos hermosa—. Y cuelga feliz de haber recibido esa llamada, porque se le nota.

Mi corazón está hecho trizas. Como por comer y no digo ni pío. Me pongo triste, no es que esperara que me declarara su amor eterno, pero para ser sincera, si estaba ya un pelín ilusionada y de manera inconsciente tenía esperanzas. Ya sé que lo acabo de conocer, qué sé poco de él.

Pudiera ser una mala persona, un criminal, un mafioso, un loco... pero en el fondo, algo me dice que no es nada de eso. Y por eso lo lamento aún más.

Reanudamos el camino, y una hora y media después estamos entrando en el pueblo de “Puerto Vallarta”. Hablamos en su momento de que me iba a cumplir el sueño de traerme para que pudiera pasar un año nuevo decente y divertido, como lo tenía planeado. Pero nunca tocamos el tema de su participación en mi festejo.

Por supuesto, no le voy a hacer la grosería de despedirlo en la puerta del hotel, como si fuera sólo un chofer alquilado, así que me armo de valor para preguntarle sus planes.

—Pues... ¡Ya casi llegamos al hotel! Has sido muy amable conmigo y quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí, a pesar de la manera tan peculiar en la que nos conocimos.

—¿Me estás despidiendo, o es mi imaginación, Lisa? —me dice ya un poco más serio de lo que ha estado desde que lo conozco, sin quitar la mirada del camino.

—No, son ideas tuyas. Sólo que me pareció oportuno decírtelo. Además, no me gustaría que te sintieras comprometido conmigo, ya has hecho bastante. Seguramente tendrás una familia o “alguien” esperando para pasar este día. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. Pero mi plan ahora mismo es pasarla en este puerto... y contigo. ¿Tú tienes “alguien”, que se pudiera sentir invadido con mi presencia cerca de ti?

—No, nadie. De hecho, mis amigas están con sus novios en el hotel, yo vengo sola. Pero como tenemos una amistad ya de tiempo, no me sentí incómoda de venir de “salero” a festejar el año nuevo con ellos.

—Bien. —Y dale con el “bien”, no me basta con eso. ¡Necesito que me diga algo más que “bien”!

Hemos llegado al hotel después de otras tantas curvas, ya que está entre dos montañas. Esto si es un Resort y no la broma que fue el de Tlaquepaque. Aunque aquel tenía su encanto y seguramente no olvidaré mi paso por ahí.

En el camino Luis me dijo que traía equipaje en su maletero, ya que tenía pensado salir de fin de semana, así que no hubo necesidad de pasar a comprar nada extra para él en este viaje improvisado. Ya no quise preguntarle más de sus planes frustrados, porque no tenía cara después de habérselos arruinado, así que supongo que trae lo necesario.

En la recepción del hotel pido mi habitación reservada y ruego mentalmente —sin querer reconocer del todo ante mí misma—, que brincaría de gusto si no hubiera disponibles para mi ex nadador y tuviera que verme “muy forzada” a compartir la mía con él.

No tuve tanta suerte, sí había habitaciones disponibles. Por lo menos nos tocó a los dos en el tercer piso.

Ya son las ocho de la noche, reviví con la ducha tan prolongada que me acabo de regalar, una verdadera delicia. En cuanto llegué les llamé a mis amigas para avisarlas de mi llegada, no las pude ver ya que estaban en un paseo por el pueblo. Quedamos de vernos a las nueve de la noche en el bar del lobby y el mismo plan hice con Luis.

Me quiero poner muy bonita esta noche, por lo que me esmero en hacerme un recogido en el cabello que me haga lucir el rostro y un maquillaje discreto, pero cuidando todos los detalles. Y el vestido... es de un tono azul turquesa con un sutil veteado plateado, completamente descubierto de los hombros y largo; bueno, el forro es de minifalda, pero encima está una tela de gasa en los mismos tonos casi transparente, que me llega hasta los tobillos.

Accesorios, bolso de mano, perfume, brillo labial sabor menta y una actitud de lo más ilusionada. ¿Ilusionada? Sí, eso he dicho.

Toda la decoración del hotel es acorde con la época y lo que se celebra hoy. Un árbol de navidad inmenso, natural y adornado con pequeñas artesanías mexicanas muy coloridas es el centro de las miradas de los que pasan caminando por el lobby. Me acomodo en una estancia muy confortable al fondo de todo el trajín, mientras espero paciente a que sea la hora acordada por todos, para disfrutar de las vistas de la playa que está muy iluminada y con un montaje espectacular para celebrar la última noche de este año.

A las nueve en punto veo venir a mis amigas que esta noche están espectaculares, agarradas cada una del brazo de su chico. Esther, es una mujer muy bonita y llamativa. Morena, de estatura media, cabello liso, muy bien combinado y arreglado, que desprende a su paso un aire muy sexy y que se nota a leguas que trae atontado al atractivo y altísimo de su novio José.

Tania es hermosa también, posee un rostro con facciones muy bonitas y delicadas, que sumado a la dulzura que desprende su mirada y su sonrisa, la hacen una mujer que atrae las miradas de todos, incluyendo la de su guapo y musculoso novio Oscar.

—Ya nos estás contando el porqué de tanta demora y tanto misterio cuando llamaste para avisar mil horas después de tu retraso —dice Esther, directa y concisa como siempre. Y cuando estoy a punto de contestarle, algo atrae mi mirada y me quedo helada.

Fue un segundo, tal vez dos... lo que tardé en terminar de enamorarme de Luis, mi ex nadador y compañero de aventuras de las últimas horas.

Creo que hasta me olvidé de respirar. ¡Viene guapísimo!

Vestido con un conjunto de lino azul añil y una camisa color crudo, lo veo venir dedicando por completo su mirada y su sonrisa hacia mí, como si nada más existiera a nuestro alrededor. (Tipo película romántica, sólo falta la música de fondo, tara ra rara...).

¡Por favor! Quién me viera y quién me ve ahora, estoy hecha una tonta por su culpa.

—Hola preciosa —me dice al llegar hasta mí, dándome un prolongado

beso en la mejilla que me supo a poco.

—Mmmm —bastante estúpida mi contestación, lo sé.

Afortunadamente el ángel de mi amiga Tania sale al rescate para presentar a todo mi grupo de amigos y así distraer un poco la atención de mi estado de pasmo.

Nos dirigimos a la playa para acomodarnos en la mesa que ya teníamos reservada para la celebración, y no es por presumir, pero desde que nos encontramos en el lobby Luis y yo, he sido objeto casi exclusivo de su atención y de su mano que no ha soltado la mía desde entonces.

Hemos cenado en un ambiente muy relajado y divertido. Casi hasta les disculpo a mis amigos las dos horas de burlas hacia mí, por haber chocado el coche de mi acompañante y provocar tantas aventuras. Todos están encantados con Luis y mis chicas, como tienen tan buen gusto, no han dejado de guiñarme el ojo en señal de aprobación por la pareja que me cargo esta noche.

Ya tenemos las uvas listas y el animador del hotel, micrófono en mano, empieza la cuenta regresiva para las doce de la noche. Cuatro, tres, dos, uno...

—¡Feliz año nuevo! —comienzan a sonar las doce campanadas y pongo mucha atención al llevarme a la boca cada uva para no atragantarme. Ya estoy harta de hacerle al tonto.

El primer abrazo que recibo no podía ser mejor. Luis me estrecha entre sus brazos con firmeza y ternura, agacha un poco la cabeza para acercar su boca casi a mi oído y antes de caer muerta y derretida me dice:

—Feliz año nuevo, te deseo que disfrutes de momentos mágicos todos los días, al lado de la persona que te hará feliz.

Qué felicitación tan linda, pero qué extraño, primero tengo que encontrar a “la persona” para poder disfrutar de los momentos mágicos, y eso, está en chino. El que quiero no creo que esté disponible.

—Igualmente— ¡Qué digo!, igualmente no, ojalá no encuentre a nadie y se quede sólo como hongo para que me valore y se dé cuenta lo que dejó pasar. Sigo con mi monólogo interior modo: furia-frustrada, cuando escucho que contesta una llamada.

—¡Flaca!, ya te habías tardado... obviamente, jajajaja, nooooooo, que te adoro... si, salúdalos también de mi parte... yo también te quiero. Este es nuestro año cariño... ¡felicidades a ti también!

Maldito traidor... “Cariño”, “Te adoro”, “Este es nuestro año”. No me importa que no esté enterado de mis ilusiones, estoy enojada de igual manera. Voy a poner un poco de distancia para ubicarme en mi realidad. Me disculpo dejándolo con un palmo de narices para felicitar a mis amigos y darles muchos abrazos, que no sé por qué, me hacen tanta falta hoy. Les informo a Tania y a Esther discretamente que voy a dar una vuelta... sola.

Entre tanta algarabía de todos los asistentes y la música del grupo en vivo que empieza a tocar para abrir el baile, logro escabullirme hacia la orilla de mar, sin ser vista, y así iniciar mi paseo.

Pretendía no pensar en la nula importancia que debería tener Luis en mi vida, lo conozco literal, de la nada. No me puede afectar de esa manera que hable con la tal “Flaca”, además, es horrible el nombre, apodo o lo que sea. Pero la muy zorra se tiene merecido el mote.

Es inevitable, camino proyectando imágenes en mi mente de su sonrisa, su mirada, el tacto de sus dedos entrelazados con los míos, el calor con el que me envolvieron sus brazos y ese olor fresco a cítricos que deja a su paso. Y me siento más desgraciada aún, nunca me había pasado algo así, seguramente me estoy haciendo vieja o ya me saturé de novelas románticas. La realidad es diferente, nada que ver con “*Resurgiendo en tu Mirada*” o cualquier otra de las historias de novela que me encantan.

—¡Lisa! —pego un buen brinco del susto, me detengo y giro para ver caminando o más bien casi corriendo a mi ex nadador traidor que viene muy apurado a mi encuentro.

—¿Por qué te fuiste así?, llevo buscándote un buen rato —me dice el susodicho, poniéndose ya a mi altura.

—Aquí paseando... tú estabas muy ocupado con tus llamadas ¿no? —dice mi lengua ardida y venenosa, no yo, claro.

—Ya veo —dice sonriendo y parece que muy satisfecho, a saber, de qué. Se quita la chaqueta y la coloca en la arena a un lado de los zapatos que ya traía en la mano, se sienta y me dice:

—Ven, siéntate conmigo. Quiero contarte algo—. Lo miro como si tuviera

tres cabezas.

—No traigo ropa adecuada para acampar en la playa, Luis —y entonces veo que hace un ademán con la mano indicándome que me siente en sus piernas. Indecisa me acerco, pero en el fondo sí que voy feliz.

—No pellizco, lo prometo —está bien, me siento con cuidado de dejarme caer en un lugar apropiado y decoroso para no generar malentendidos —Te quiero compartir mis deseos de año nuevo, ¿te gustaría escucharlos? —me pregunta con los ojitos llenos de ilusión.

—Por supuesto, si tú quieres compartirlos conmigo, adelante —y me quedo expectante a sus palabras.

—El primero, quiero darle un beso a la mujer más hermosa que haya visto en mi vida.

—¿Y ya la conoces, o la estás buscando? —le pregunto con muy pocas ganas, más bien por cortesía.

—La conozco, sí, no mucho, pero sí lo suficiente como para haberme enamorado de ella en sólo unas horas y necesitarla como nunca había necesitado a nadie. Creo que no canta muy afinada y sus habilidades al volante dejan mucho que desear, pero es maravillosa —me quedo sin palabras, sólo por unos momentos, porque ya se sabe a estas alturas que no me gusta quedarme callada.

—Pues dáselo —le digo sin pensármelo más tiempo y muy bajito. Despacio sin dejar de mirarme midiendo mi grado de aprobación, se acerca y me envuelve en la magia de un abrazo que me hace estremecer, para a los pocos segundos, cumplir su primer deseo al besarme trasladándome al mismísimo cielo.

La habitación de Luis quedó cancelada y vacía al día siguiente.

He de mencionar que cumplió dos deseos más esa misma noche, y ya en confianza puedo confesar que yo también cumplí los míos. Se instaló de manera permanente en mi habitación. No es nadador, pero... ¡tiene un aguante! Perdón, demasiada información para un relato navideño.

Los siguientes días la pasamos en la gloria (de todo tipo). Luis se turnaba para integrarse al grupo de amigos, salía un rato por las mañanas para acompañar a Oscar a correr por la playa, y así yo podía aprovechar para reponer un poco el sueño perdido. No se despegaba de mí en casi ningún

momento, sólo cuando hacían partidos en línea con los iPod entre José y él. Es que nuestro grandulón es fanático de los juegos en línea.

Todo quedó bastante claro cuando se tocó el espinoso tema de “La Flaca”.

La tal Flaca en realidad no se llama de esa manera, su nombre es Ana y es la mejor amiga de Luis. Se conocieron en la universidad y de inmediato se adoptaron como hermanos. Como vio que no me creía ni un pelo lo que me decía, para mi vergüenza, me la comunicó al teléfono. Y he de confesar que me cayó de maravilla, es una chica encantadora y no hubo necesidad de preguntar nada, se ve enseguida que el cariño que se tienen esos dos es de familia.

Fueron unas vacaciones inolvidables y el camino de regreso a la ciudad lo hicimos en avión. Dejamos el auto alquilado de Luis para que lo recogieran los de la empresa en Puerto Vallarta.

—Nena, estás muy callada. Ya te conozco, aunque no lo quieras creer y a ti te pasa algo —me dice cuando estábamos ya aterrizando a la Ciudad de México, mi ahora vidente novio. Si, novio, porque ese era su deseo de la uva número cuatro.

—Pensaba qué va a pasar con nosotros a partir de ahora —le confi- eso muy sincera.

—No te he dicho mi deseo número cinco —y se queda callado, ¡qué manía de tenerme en suspenso!

—Sorpréndeme —le contesto cruzando todos los dedos para que me diga lo que quiero escuchar.

—¿Me das asilo en tu sofá en lo que encuentro un departamento cerca del tuyo? —¡Vaya!, algo que me sale bien a la primera, todos los dedos cruzados si funcionaron.

Luis se instaló de manera “temporal” en mi departamento. Por supuesto, el sofá solo lo usa para ver la televisión y para disfrutarlo conmigo, cuando no alcanzamos a llegar a la habitación. Se desocupó el piso de planta de arriba y lo alquiló para habitarlo, pero la realidad, es que pasamos juntos todas las noches, ya sea en su espacio o en el mío. Cuando regresé al trabajo entrevisté al nuevo Director Comercial y le hice, como es mi labor, su contrato permanente. De ahí nos fuimos a festejar, que las casualidades existen, pero también el destino.

Llevamos un año no viviendo juntos, pero abrazados todas las noches. No puedo ser más feliz, Luis es el amor de mi vida y para mi tranquilidad mental, tengo la certeza de ser lo mismo para él.

Nunca me gustaron las fi estas navideñas, pero a partir de ahora es mi época favorita del año. Acabamos de comprar nuestro árbol de navidad y lo estamos decorando con esferas de colores, un sinfin de luces, miles de besos y un costal lleno de ilusiones para nuestro futuro... juntos.



### Nota de la Autora

Luis y Lisa todavía tienen mucho que contar de su historia, y si te ha gustado este relato, te invito a buscar la novela “Un Corazón para Ana”, un libro también de mí autoría, para que puedas disfrutar un poco más de ellos





*Anoche soñé*

*contigo*

Marisol llevaba muchos meses tratando de adaptarse a su nueva vida. Había estado casada doce años con Guillermo, y aunque la situación antes de la separación ya era insostenible, este nuevo rol de madre soltera entre semana, le complicaba la vida. Por lo menos casada, aunque tuviera que mantener la casa, planchar, lavar y cocinar, tenía al inútil de su marido haciéndose cargo al completo de su único hijo, en horario laboral.

Era viernes y su hijo Carlos, tenía que ir al museo “Jumex” para la realización de una tarea escolar; estaba el último día de la exposición de las obras de *Andy Warhol*. «¡Siempre todo de última hora!» alegaba para sus adentros. Pero de por si el niño andaba en la cuerda floja con la mayoría de las asignaturas del cole, ella no iba a contribuir a que terminaran de reprobarlo por no llevarlo al museo.

Había pedido la tarde libre en el trabajo, aunque su celular no dejaba de emitir pitidos de los correos electrónicos que no cesaban de entrar. Recogió a Carlitos de la escuela y comieron una hamburguesa rápida en el centro comercial que estaba junto al museo. Cuando llegaron se encontró con que también —como era lógico— estaban otras mamás con sus hijos, de la clase de Carlitos. «Viejas chismosas, solo quieren saber los detalles de la separación. No tienen nada mejor que hacer» así pensaba, por lo menos del grupito que alcanzó a ver, ya que su exmarido era muy amigo de varias y ella era la bruja del cuento.

Saludó de manera general con una sonrisa un pelín forzada (para qué negarlo) y se internó en el recinto con el niño. La exposición era un tanto extraña y a ella en lo personal no le llamaba. Murales de piso a techo de vacas lilas, fotos de *Marilyn* en tonos extravagantes y latas de sopa a granel. Carlitos de repente corrió de su lado pues se encontró a Mirna, la chica más dulce y bella de su clase, y todo a su alrededor desapareció, incluida la madre.

—Hola, Marisol —se acercó a saludarla la mamá de Mirna, con un gesto discreto y sencillo. De toda la bola de arpías era la única rescatable pues nunca estaba metida en el ajo esa mujer, al ser una artista del pincel que daba prioridad a sus actividades en vez del chisme.

Después de los saludos y algún comentario de la exposición, llegaron los niños a pedirles permiso a Marisol y a Brenda, de invitar a Carlitos después de la exposición al cine. Estaban tan entusiasmados que las madres no pudieron negarse.

—Gracias, Brenda. Estos niños ya lo tienen muy decidido. Yo daré una vuelta por los alrededores y te llamo más tarde para ver a donde paso a buscar a mi hijo.

—No te preocupes por ello, después del cine podemos ir a casa. Es viernes y van a cenar los hermanos de mi esposo con sus hijos, tendrán diversión para rato, tú tranquila. Aprovecha para ir de compras y darte y capricho. A veces nos olvidamos de nosotras mismas con tantas cosas que tenemos en nuestros pendientes.

Marisol salió de ahí aliviada de no tener que compartir conversación con el grupo de madres amantes de la información de vidas ajenas, pero también con un pesar encima. Había planeado esa tarde con el niño y no había podido ser. Tendría que acostumbrarse, su niño estaba creciendo y era normal que prefiriera la compañía de su entorno social que la de ella algunos días.

Fue a su cafetería favorita y pidió un *latte* extragrande con nuez. Revisaba su correo en el teléfono y cuando se hartó comenzó a ver sus redes sociales. Otra vez pulsó en la búsqueda el nombre de Rubén de la Fuente Moncada, pero no le arrojaba ningún resultado. Rubén fue su novio de la preparatoria, un chico que siempre estuvo perdido de amor por ella, y Marisol por una apuesta le dio una oportunidad. Era guapo pero muy gordito y usaba gafas. Muy inteligente, sumamente tierno y detallista. Marisol por ese entonces era muy alocada y bastante presumida, le gustaba rodearse de los populares e ir a todas las fiestas, por lo que sin querer queriendo le puso un par de veces los cuernos al bueno de Rubén. No podía negar que su novio a pesar de todo le gustaba mucho por raro que le pareciera a ella misma y fue al único que quiso de verdad, aunque se dio cuenta demasiado tarde, cuando lo perdió para siempre.

Y para siempre fue así literal, no volvió a saber de él por más que lo buscó por años. Habían sido tan amigos, tan cómplices... que, con nadie, ni siquiera con su ex Guillermo, logró tener una conexión de ese nivel. Lo había pensado mucho los últimos meses, pero la noche anterior había soñado con

él. Estaban en el jardín de la preparatoria, detrás de los arbustos del amor, como les llamaban en aquel entonces los chicos, dándose el lote completo, porque eso tampoco se le había olvidado, estando con él saltaban chispas. Fue tan intenso el sueño, que hasta despertó sobresaltada y descompuesta con el corazón a mil por hora y las braguitas mojadas. La tenía muy inquieta su recuerdo a la vez que se lamentaba por enésima vez haber perdido el contacto y dejar que desapareciera de su vida.

Se tomó dos cafés de tamaño *venti* de medio litro cada uno, y todavía se llevó una botella de agua para el camino. Cuando salió hacía un frío que parecía que los pingüinos saldrían correteando en cualquier momento, se le congelaron los pies y la punta de la nariz al instante. Subió a su auto y al incorporarse a la avenida principal, se encontró con un atasco de tráfico increíble. Ni para atrás ni para adelante, detenida completamente apagó el motor y sintonizó la radio. Todas las canciones tenían alguna frase que la llevaba a pensar en Rubén. «Dios, qué obsesión.

Seguramente la soledad me está pasando factura. También las hormonas y la sequía de pasión que el cuerpo me reclama. ¡Pero qué ganas de verlo otra vez!».



Entre canción y canción le empezaron a dar muchas ganas de hacer pipí; unas ganas casi escandalosas que la hicieron ponerse muy nerviosa. Apretaba el esfínter rogando a todos los santos que le hicieran el milagro de llegar al sanitario más cercano. Los automóviles seguían detenidos y no era opción dejar el coche tirado y echarse a correr. Aguantó lo que pudo, pero solo le dio tiempo de quitarse el abrigo para ponerlo de asiento, bajarse el pantalón y ya la braguita pues no alcanzó. El alivio sin duda fue total y absolutamente liberador, pero aquel desastre que montó en su coche, ni siquiera su pequeño Carlitos lo había hecho cuando tenía edad. Es que después del embarazo es normal que la vejiga se caiga un poco, lo que no es normal, es acumular tanta cantidad de líquidos en ella durante tanto tiempo. Una vergüenza total para sí misma sin duda.

Tenía que encontrar un baño pronto, no podía llegar a recoger a su hijo a casa de Brenda oliendo a pis. Por lo que después de un rato de auto flagelarse por cochina, se metió al centro comercial más cercano. Plaza Antara, no pudo tener peor suerte, era uno de los sitios más exclusivos que contaba con puras tiendas de diseñador. Tendría que comprar las braguitas más caras de su existencia. No quedaba otra, porque para limpia y pulcra era la más quisquillosa.

Vagaba por los pasillos del centro comercial, congelándose, pues estaba algo húmeda y sin abrigo se sentía peor. Iba muy concentrada en localizar la tienda adecuada cuando sin fijarse chocó con una espalda masculina muy fibrosa. El susodicho volteó a mirarla, abrió mucho los ojos bastante sorprendido, y el mundo se detuvo en ese instante.

—¿Marisol? —dijo una voz profunda, que le estremeció hasta los congelados dedos de los pies.

—¿Si? — ¿sí? Pues claro que ella era Marisol. «Estúpida» pensó para sus adentros. No podía creer quien estaba frente a ella, era Rubén. Su Rubén, pero en la mejor versión que ni siquiera le pasó por la mente alguna vez. Más guapo que nunca, sin gafas, delgado y muy varonil, dirigiéndole la mirada más encantadora que le hubiera visto jamás.

—Marisol, mi Sol. —le dijo con una amplia sonrisa que iluminó aún más su bello rostro, y entonces le abrió los brazos y se abalanzó sobre ella para estrecharla en un gran abrazo.

Marisol sintió tanta emoción que le correspondió de igual manera, y en ese momento le pareció que con ese abrazo su vida estaba otra vez completa, hasta que recordó que estaba en el estado menos conveniente para un encuentro tan íntimo e importante, con el que había fantaseado tanto, y se soltó de un tirón poniendo un metro de distancia entre ellos.

—Lo siento, no puedo. —comentó muy afligida.

—¿Qué no puedes? —dijo Rubén muy desconcertado.

—Tuve un accidente horrible y no puedo... —A Rubén poco le importó y se volvió a acercarse para abrazarla de nuevo y preguntarle lo que le pasaba.

—Venga, Marisol. Yo te veo entera y preciosa como siempre, dime lo que te pasa y lo resolvemos, después no pienso soltarte hasta que me cuentes tu vida. Llevo años esperando volver a verte. No sé si sea apropiado decírtelo porque no tengo idea si tienes algún compromiso, pero no has salido nunca de

mi corazón ni de mi cabeza.

—Yo... —ella estaba pasmada con esa declaración. Algo debió de hacer bien en la vida para recibir semejante sorpresa con declaración incluida —. Yo, me hice pis y me muero de vergüenza, te juro por mis perros, que los amo, por cierto, que nunca en mi vida me había pasado algo así. Y luego llegas tú, así de repente. Con la de veces que anhelé que volvieras a dar señales, y apareces ahora. No es justo, la vida no es justa. No creas que soy una incontinente que va por la vida en estas circunstancias o que necesito pañal de adulto o cosas raras.

—Jajaja, ¿Sabes que eres única? La mujer más auténtica, hermosa y exagerada que he conocido en mi vida. Necesito que me digas algo con urgencia, Marisol. ¿Estatus sentimental y civil? —Divorciada con un hijo de diez años y esperando aun a mi príncipe azul de gafas y barriguita que me robó el corazón para siempre desde la preparatoria. Rubén... perdóname. Tú tampoco has salido de mi corazón y ahora lo tengo totalmente claro. Perdóname porque no supe... —Rubén no necesitó más y la calló con un beso largo, apasionado y necesitado que llevaba aguardando muchos años.

—Te amo, mi Sol. Te amo como antes y como siempre, te amo y no te voy a soltar nunca más. Me alejé de ti porque quería prepararme en todos los aspectos para ser digno a tus ojos y que nunca necesitaras nada más. Después volví a buscarte, pero ya no pude encontrarte y me tuve que volver a ir, porque había forjado una carrera muy beneficiosa en Los Ángeles.

—Rubén yo también te amo, no pienso dejarte escapar ni, aunque quieras. Me supongo que tú tampoco tienes a nadie, ¿verdad?

—Ahora ya tengo a alguien, a ti. Lo que siempre he amado y necesitado.

—Rubén... mi amor, me muero de frío. Necesito ropa seca y un baño a la de ya, me quiero lanzar a tus brazos y comerte a besos, pero es que así ni cómo. Se supone que debe ser súper romántico el encuentro.

—Es súper romántico y original, ¿no lo ves? Por algo pasan las cosas, vamos —dijo tomándola de la mano y pegándola a su cuerpo para darle calor a pesar de los remilgos de Marisol.

Compraron la ropa y Rubén la llevó a su departamento que estaba muy cerca de ese centro comercial, y le prestó la ducha en la cual se auto invitó a compartir con ella y terminaron amándose como tanto habían imaginado en muchos años. Si antes todo había inolvidable, ese día fue espectacular. Eran

el complemento perfecto, estaban hechos para amarse el uno al otro, sin lugar a duda.

—Rubén... —le dijo muy cariñosa acercándose a su oído—. Anoche soñé contigo...

Marisol y Rubén se fueron a vivir juntos apenas unas pocas semanas de ese reencuentro. Carlitos aceptó muy bien el cambio al ver a su madre tan feliz y al conocer lo buen tipo que era el novio de su mamá, aunque uno de los perros de Marisol seguía teniendo sus reservas con su nuevo amo. Le gruñía de repente, más por necesidad senil que por algún otro motivo.



*Fin*



*Si fuera tú...*

*siendo yo*

Ser la recepcionista y telefonista de la empresa: “Gelatinas y dulces Doña Coquis”, es labor ardua y complicada. A pesar de lo que se pueda pensar al escuchar la razón social de este negocio, es bastante rentable y los dueños, aunque cuentan con una fábrica artesanal, han llegado a colocarse en los mejores puntos de venta de los principales autoservicios de la ciudad. O sea, no es una empresa cualquiera.

Me llamo Eva y tengo veintisiete años. Vivo sola con dos gatos y un perico viejo, y por no hacer caso cuando mi madre me decía que estudiara, ahora estoy aquí, en la mesa de la recepción de las oficinas que preceden la fábrica de dulces, con mi eterna sonrisa acartonada, recibiendo proveedores y contestando el teléfono con la mayor amabilidad de la que soy capaz. No estoy para ponerme de “Lady” y pensar en conseguir un mejor empleo; apenas terminé la preparatoria y además no soy muy agraciada físicamente, digamos que soy una chica simpática, algo regordeta, de estatura media, de ojos cafés, pelo café, vamos... algo así como del montón café, y ya se nota que cuento con la autoestima un poco achicada.

Me gusta llegar a mi casa después de dos horas de metro (a la hora punta) para darme una ducha, prepararme una cena sustanciosa y tirarme en el sofá de la estancia a ver mis telenovelas favoritas. Eso sí, con un refresco sabor cola de lata, cero azúcares, para no echar más calorías de las necesarias al cuerpo. En los cortes comerciales, tengo a mano mis revistas quincenales del corazón, que me sacan de cualquier duda respecto a la vida privada de mis actores favoritos. Patética, lo sé. Eso puede parecer, pero para mí está bien, es mi vida, la que me tocó y no hay más que asumirlo y dejarse fluir. No está tan mal.

Estoy enganchadísima con mi telenovela de las nueve de la noche: “Rufina de las calles”, es un novelón, que, además, protagonizan mis actores favoritos: Silvina Cobos y Patricio Martell.

Silvina es todo lo que a mí me gustaría haber sido, de haber podido elegir ser alguien en esta vida. Es una rubia hermosa con una sonrisa dulce, pero con un toque de picardía, simpática a más no poder y lo refleja tanto en su trabajo como en todas las entrevistas que concede, y lo mejor de todo, es que se nota una mujer muy auténtica y segura de sí misma. Sexy a rabiar, según los

comentarios de todos los hombres.

Patricio... ¡Qué decir del hombre más guapo que han visto mis ojos! Es muy alto (bueno, eso imagino pues se nota en la tele), de cuerpo atlético y fibroso, ojos negros enmarcados en unas preciosas y tupidas pestañas, labios carnosos y una sonrisa tan sexy, que las bragas se me desintegran cada vez que le hacen una toma y en la pantalla parece que me mire a mí.

Ha llegado un punto del melodrama en que el romance está en su apogeo, me derrito cada vez que se miran, cuando se aproximan y se hablan tan cerquita... ¡Dios, lo que daría por ser Rufina de las calles, aunque fuera solo un día de estos!



—¡Corte! Silvina, no sé lo que pasa contigo hoy, no das una, bonita. Se ha repetido la escena cuatro veces ¿Lo ves normal? —dice un hombre calvo, bajito y algo susceptible, dirigiéndose a mí con los brazos en jarras. Y no, no lo veo normal, yo estoy en mi sillón y esto debe ser un sueño. Comerse ocho rebanadas de pizza mexicana con chorizo, frijoles y chile serrano, me debió caer muy pesado al estómago.

Volteo a mi alrededor y caigo en la cuenta de estar en un set de grabación, para ser más exactos, la ambientación de la habitación mugrienta de Rufina de las calles. ¡Estoy alucinando! Tal vez estoy ahora mismo siendo víctima de una congestión estomacal y estoy dando mi último respiro en este mundo, algo así como ver la luz a través del túnel, pero a mi manera, viendo mi más soñado anhelo.

— Silvina, ve a tomar un café. Chicos... —dice el mismo calvito, dirigiéndose con voz cansada a la gente que está alrededor del set —. Veinte minutos de descanso y lo volvemos a intentar, a ver si ya queda de una buena vez la bendita escena.

Me quedo parada como un pasmarote en medio del espacio. El sueño no se termina, no me despierto y, además, yo no tomo café ni sé dónde se consigue. A mitad de mi reflexión, se me acerca una chica bajita muy menuda, pelirroja

con gafas de pasta roja, y se engancha de mi brazo para dirigirme a la salida y con voz dulce me susurra:

—¿Otra vez te auto medicaste para dormir? Nena, estás ida. Esas medicinas no se toman como caramelos, Silvina. Oscar es paciente y te aguanta porque sabe que “el rating” contigo lo tiene asegurado, pero nunca es bueno abusar.

—¿Qué? Yo, es que no soy, no estoy...

—Mírate nada más la cara que traes —dice mientras intenta sacar de su bolso un espejo enorme que no sale y del cual desiste de su tarea al ver de reojo hacia un lado —. Ay Silvina, ahí viene tu adorado tormento, no te entiendo de verdad, como no has caído rendida a sus encantos, con lo bueno que está, lo bueno que es contigo y lo que te aguanta...

No entiendo nada de lo que la pelirroja me dice, pero sin querer, sigo su mirada y... ¡casi caigo muerta en ese momento! Patricio, ¡el mismísimo Patricio Martell! se dirige hacia nosotras y me mira con mucha dulzura.

—Nena, estoy preocupado por ti ¿Te encuentras bien?

Volteo hacia todos lados para ver a quien está dirigiéndose, pero no hay nadie más que la peli colorada y yo, y sus ojos, ¡Ay esos ojazos! me están mirando a mí.

—Los dejo un momento, voy por tu *Chai Latte*, Silvina —me comunica guiñándome un ojo la muy pillita.

—Silvina, esta escena es muy importante y ya lo habíamos hablado. Sabes lo que siento por ti, pero esto es trabajo y nos debemos a nuestro público, aunque no quieras corresponder a mis sentimientos —comenta algo dolido en sus palabras.

—¡¿EHHH?! —es lo único que se me ocurre decir perdiéndome en su mirada. Para una vez que la fantasía se me hace realidad, me estoy comportando como una lela. Vamos, Eva, hagamos realidad dignamente nuestra ya tan ensayada y recurrente fantasía. Me doy valor yo sola y una palmadita imaginaria. Es ahora o nunca. Carraspeo un poquito, así, en plan elegante y le contesto tratando de mirarlo de manera seductora y penetrante —. Dormí mal y estoy algo ausente ¿me puedes dar un resumen de la escena? Te prometo que pondré todo mi empeño y trataré de estar a la altura.

Patricio me mira confundido, pero no deja de hacerlo con ternura,

poniendo su amago de sonrisa de medio lado y me empieza a decir lo que hemos de hacer. Me explica y hasta hace ademanes de cómo debemos colocarnos, lo del beso. ¡Un momento! Hay beso y uno largo, apasionado, con entrega total. Seguro que estoy muerta, pero esta oportunidad no me la pierdo, ni, aunque estén velando mis restos en este momento con litros y litros de café de olla entre todos los de la dulcería.

He puesto toda mi atención en cada una de las palabras de Patricio, y como me sé de memoria la historia de cómo va mi telenovela favorita, no tengo ningún problema en seguir el hilo de todo. Nos dirigimos nuevamente al set y por el camino me bebo casi de un trago, lo que pelitos rojos me trajo para darme valor. Estoy vestida con los harapos de Rufina de las calles, pero al pedirle el famoso espejo a Noemí (pelitos colorados así se llama, porque escuché que alguien la llamaba por ese nombre cuando iba de camino a mi destino), me veo con el rostro impecablemente maquillado de Silvina Cobos. ¡Hoy soy hermosa, famosa y voy a besar al amor de mi vida!

Oscar, el productor, da la pauta a todos los presentes para iniciar la grabación. Yo estoy en un rincón del cuarto mugriento de Rufina de las calles, mirando con carita de ángel hacia la ventana, sintiendo los pasos de mi enamorado acercándose lentamente. Me toma de la cintura y me susurra al oído una declaración de amor eterno que hace que casi hiperventile de la emoción por sentirlo y por olerlo, volteo mi rostro y me olvido de todo, le contesto un “si quiero” que sale de lo más profundo de mi alma y me cuelgo de su cuello para fundirnos en un verdadero beso apasionado, con lengua y todo, que a mí me parece que me está haciendo hasta levitar (hasta que caigo en cuenta así de refi- lón, que me levantó en volandas). El beso se torna más y más intenso, hasta que escuchamos ambos un grito casi en la oreja: “corte y queda”.

¡Qué labios, qué sabor, qué beso! Nos miramos Patricio y yo algo aturdidos y con la respiración entrecortada, sintiendo un poco de vergüenza por el espectáculo. ¡Pero para eso nos pagan! ¿No?

Todos nos felicitan y se da por terminada la grabación del día. Los técnicos empiezan a recoger sus cosas, Oscar se va hablando como perico con cuatro personas a su alrededor, Noemí me da un beso en la mejilla y sale disparada a carcajada limpia y yo no sé... hasta que Patricio me saca del

apuro.

—Te espero a que te cambies el vestuario y cenamos en mi casa. Por favor, no me rechaces, Silvina. Ese beso me ha dicho cosas que siempre quise escuchar de tus labios.

¿Rechazarlo, yo? Ni de broma, mientras mi fantasía esté vigente la voy a aprovechar al máximo. Por lo que sintiéndome valiente, y mucho, me acerco y le doy un piquito en los labios para decirle: “No tardo”.

Si había imaginado que mi mejor fantasía era el beso con Patricio, estaba muy equivocada. Al llegar a su casa, preparó rápidamente (con mi ayuda, pues me iba a ver mal si no lo hacía) una ensalada y un fettuccini con crema y champiñones, que disfrutamos en la mesita baja del salón, descalzos y con muchas risas. Risas en parte, porque estábamos brindando con agua de mango, ya que no tenía cava para la ocasión.

Me dijo que desde que me vio se enamoró de mi naturalidad y mi sonrisa, que él no era el mujeriego que me habían hecho creer y que le diera la oportunidad de conocernos mejor e iniciar algo en pareja. Vi en sus ojos que era completamente sincero y no pasó mucho rato para que la pasión nos arrebatara la razón y me llevara hacia su habitación para cerrar con broche de oro la noche perfecta, haciendo el amor durante toda la noche.

Me dormí con una sonrisa en los labios y el cuerpo felizmente adolorido. Cuando desperté, tenía mucho miedo de abrir los ojos, de encontrarme en mi cruel realidad, pero por más que me hice tonta, después de un rato, no pude retrasar más el momento.

Abrí primero un ojo despacito y luego el otro, examinando mi entorno con cautela. Estaba muy concentrada con el miedo metido en las venas, cuando el sonido de un teléfono me sobresaltó. Me encontraba en una cama que no era la mía y el móvil que sonaba estaba casi junto a mí en la mesita de noche. Contesté.

—Silvina, qué susto hija mía. Por fin contestas el teléfono. Acabo de salir de tu casa y hasta se me subió el azúcar de la impresión. ¡¿Por qué demonios te tomas las pastillas de tu abuela que son controladas por el médico para dormir?! Le faltaban a la tira ocho y apenas desaparecieron hace cuatro días que casualmente pasaste por la casa. Y lo peor, tres cajas casi vacías de pizza mexicana tiradas en el salón.

Ahora todo encaja... me sentía tan deprimida que sólo quería comer y dormir. Soy Silvina Cobos, no Eva. Estoy locamente enamorada de Patricio desde que lo conocí, pero su mala reputación y encontrarlo en una situación comprometida con mi archienemiga, la actriz Lupe Lobo, me hizo ser distante y engreída con él, aunque por dentro me estuviera muriendo de celos y de amor. Soy tan orgullosa, que nunca le dije nada de lo que vi y no le di oportunidad alguna conmigo, aunque me carcomiera por dentro. Lo cierto es que Lupe Lobo, después del incidente que medio vi (porque ya no estoy segura de qué fue realidad o imaginación, del coraje que hice) no es objeto de la atención de Patricio.

Soy una tonta, por comer como troglodita y por robarle las pastillas a mi abuela. Más tonta aún, por desperdiciar el tiempo en lugar de darle una oportunidad a mis sentimientos y al hombre que quiero.

Afortunadamente, le hice caso a mi mamá y aunque solo terminé la preparatoria, cursé los estudios de actuación y me pude desarrollar profesionalmente en la principal televisora de mi país.

¿De dónde carajos saqué yo que era una tal Eva?

Eva... ¡Ya sé quién es Eva! Claro, tendría que ser pesadilla para mí, ¡cómo no! Si soy una traumada de cuidado. Pues Eva es efectivamente una chica bajita, normalita y del montón, que es la dueña de “Dulces y chocolates Doña Coquis”. Excompañera de la preparatoria y casada con un guapísimo ganadero de Sonora, dueño de una empacadora de carnes, —que a mí me traía loca por aquel entonces—. Nunca lo superé, ya se nota ¿no? Aunque no creo que en la vida real sea tan desgraciada como en mi sueño con ese pedazo de hombre que tiene por marido y su negocio progresando. Dulces y chocolates Doña Coquis se venden en todos lados.

Termino de escuchar la letanía de mi madre y después de prometerle que nunca más tomaría ninguna pastilla de mi abuela y contarle en exclusiva de mi nuevo amor, me despido al tiempo que veo entrar a Patricio en la habitación, con una charola que lleva dos zumos y una flor.

—Te adoro, Silvina. Gracias por la noche y por... —no lo dejo decir más y lo recibo con un beso, tratando de dejar la charola en el suelo sin derramar el líquido. Lo beso con todas mis ganas contenidas, y solo me separo un momento para quitarle los boxers y decirle:

—Gracias a ti, por no rendirte. Te quiero, Patricio Martell, ven aquí para que te enseñe cuánto.



Fin





# Hotel Boutique

(Romance en Jinta)

## "Todo puede pasar en San Valentín"

Si me pagaran las horas extras en este nuevo empleo, estoy segura de que ya hubiera salido de todas mis deudas; aunque sería muy desagradecido de mi parte exigir las después de lo bien que se han portado los socios del *Hotel Boutique* conmigo.

Después de salir con honores de la carrera de Administración de Empresas en una de las más prestigiadas universidades de la Ciudad de México, me lancé al mercado laboral —sin experiencia previa— para querer comerme el mundo de un bocado, muy segura de mis capacidades; y terminar por algunos años, vegetando de lo más frustrada, en un mediocre puesto de escritorio.

Mis padres y mi madrina al escuchar mis quejas constantes decidieron apoyarme económicamente en montar una pequeña empresa de organización de eventos de todo tipo. La verdad, nunca le hice ascos a nada; eventos corporativos, bodas, despedidas de soltera, cumpleaños, fi estas infantiles, en fi n... Trabajo era trabajo. Y dentro de todo no me iba tan mal, hasta que otra vez, una de tantas crisis económicas que afectan este bello país, le dio al traste a mi esfuerzo y nuevamente a mis ilusiones.

Gracias a los contactos que hice en mi negocio y otros tantos de la universidad, no me fue tan difícil conseguir de nuevo un empleo como asalariada. Dos excompañeros de la universidad se habían asociado desde hacía algunos años para montar una cadena de moteles de lo más sofisticados y exclusivos con una imagen realmente innovadora. Eduardo y José Emilio, (Edu y Jos, ya en confianza), eran unos visionarios y también por qué no decirlo, asquerosamente ricos. Tuvieron la idea de ofrecer a un sector exclusivo y joven de la sociedad, a precios digamos, no tan descarados, un sitio elegante y lleno de glamur para todas aquellas parejitas que quisieran pasar unas horas de pasión en el más absoluto confort.

Los reencontré por casualidad cuando mi negocio iba repuntando y me dieron la confianza de dejar en mis manos la inauguración de su primer Motel. Porque en términos reales es lo que son, aunque para hacerlo más

*Nice*, ellos le llaman Hotel. Como estaban empezando, tenían un mundo de detalles en qué ocuparse y no les dio la vida cuando planeaban la apertura. Y así, como caídos del cielo —para ambas partes—, hicimos el contrato y me encargué de todo.

Quedaron muy satisfechos con mi trabajo y todo salió de maravilla, aunque esos días apenas dormí, fue todo un reto. Me vino genial, además, ya que la ruptura con el estúpido de Nicolás estuvo a punto de dejarme descompuesta de por vida. Mi “mal ojo” para elegir pareja ya lo estaba considerando como un mal karma, o más bien el “mal de ojo de mi vecina la bigotuda” que desde niñas me veía muy feo, y después de las experiencias que había acumulado desde que empecé en el mundo de los amores, ya estaba casi resignada a que así me había tocado. Casi.

Tenía un mes en modo “indigente” deambulando en mi propio departamento sin saber lo que sería de mi futuro, tanto laboral como personal, cuando llegó la bendita llamada de Edu ofreciéndome trabajo fijo en uno de sus *Hoteles Boutique*. Era el más grande, el más nuevo y el mejor ubicado. Las necesidades del mismo requerían una persona de relaciones públicas, que fuera eficiente también en el área administrativa y que metiera las narices en todo, para ser su persona de confianza en el lugar. Para ser más específica, la Gerente del *Hotel Boutique del Sur*.

Sabían que era muy avispada, agradable, de plática fácil y sangre ligera; además que recordaban mis buenas notas en la escuela. «No podría olvidar jamás que, gracias a tus apuntes y los repasos en los descansos, pude sacar la carrera. Mi título profesional es algo tuyo, Clarissa», recordaba cada tanto con una sonrisa al canalla de Jos. No solo le pasaba la tarea. Durante algunos meses, con las hormonas en pleno frenesí, intercambiamos muchos besos y uno que otro acercamiento más íntimo. Cuestión que para finales de la carrera no afectó en la amistad que habíamos forjado, pues para ese entonces cada cual tenía su pareja y “si me acosté contigo, no me acuerdo”. Y Edu, es como su pajecillo, algo más retraído, pero siempre fue el amigo que lo acompaña en todo.

Ya decía que mis horas extras en este hotel están para alarmar a cualquiera, pero teniendo en puerta el primer evento, digamos, en masa, no me doy abasto. Se viene el catorce de febrero, día de San Valentín, día de los

novios, enamorados o como les quieran llamar. Un asco total, la verdad, porque a mis treinta y dos años estoy curada de espanto con los príncipes azules y las relaciones de pareja. No digo que no me de mis gustos, pues una es de carne y hueso y hay necesidades básicas de la especie humana que tenemos que cubrir, pero para ser honesta, me están sacando ronchas tantos corazones para el gran día.

Tuvimos una reunión para determinar la dinámica de la nueva locura que se le ocurrió a Jos.

—Nos ha ido bien con el concepto, pero debemos ir más allá. Siempre un paso adelante para tener cautivos a los clientes. Ese día el *Hotel Boutique* no operará de manera normal, es decir, no será un picadero elegante y nada más, ¡No señores, señoras y señoritas! Organizaremos una fi esta muy especial en ocasión al catorce de febrero —decía Jos, y todos lo mirábamos muy atentos, pero también algo incrédulos, a pesar de su pasión al expresarse. Era un líder nato el muy cabrón, y estaba cada día más bueno, ya de paso mencionarlo también—. La gente joven ya no tiene tantos tabúes y prejuicios en cuanto al sexo, entre otras cosas.

—De acuerdo, José Emilio (en las reuniones había que llamarlo algo más formal para que no se creyera que yo era una igualada). Pero es que tampoco podemos montar una orgía con bacanal incluido. Degeneraría la imagen de la cadena y eso en vez de ayudar, perjudicaría —respondí muy resuelta de mi argumento.

—Clarissa, Clarissa... las cosas se van a hacer con clase, con estilo, mujer. Para eso estamos aquí todos reunidos, para organizarlo como se debe y aterrizar la idea perfecta —comentó paseando la mirada por los demás asistentes a la reunión, que básicamente eran aparte de Jos y yo, Edu por supuesto, Antoine, el Chef en jefe de la cadena, las relaciones públicas que normalmente brillaban por su ausencia (Amaia y Natasha, las respectivas parejas de los dueños) y Mago, la secretaria de la dirección general, anotando como posesa en su Tablet todo lo que escuchaba la pobre.

—Diles todo, amor. Lo que conversamos ayer —terció Amaia, ya con ganas de irse, supongo, porque miraba su carísimo reloj de pulsera cada dos por tres. Pero para ser honestos, sin el capital de las parejas de mis jefes, la expansión tan acelerada del negocio no habría sido posible. Por lo que había que aguantarlas.

—Como les decía... —continuó echándole ojos nada amorosos a su mujer—. Se ofrecerá una cena en el restaurante. Una cena de calidad con tres menús especiales a elegir a tres tiempos, ya sabes Antoine, platillos más decorados que abundantes. Y, Clarissa. Música en vivo, suave, sexy... que consiga crear el ambiente perfecto para la ocasión, además del decorado y todos los detalles que no tengo ni idea pero que estoy seguro, tú sabrás perfectamente. Digo, por tu calidad como profesional, la experiencia en el tema, y porque obviamente eres mujer y se te darán bien esas cosas.

—Te recuerdo que sigo soltera y mi experiencia en el tema deja mucho que desear para “inspirarme” así de fácil, pero en algo te doy la razón, soy una profesional y te aseguro que quedarán satisfechos con el resultado, así me tenga que leer la novela más cursi de mi vida para que me ilumine —terminé con alguna tontería para quitarle hierro al asunto. Sinceramente a veces, la boca me pierde, y solo conseguí con ese comentario varias miradas de pena dirigidas a mí.

—No te olvides de preparar perfectamente todo para el coqueo y el baile en el *Roof Garden*. La inversión estratosférica que nos costó acondicionar la azotea del edificio por fin dará frutos. Justo ahí, Clarissa, es en donde debes estar muy pendiente de las habitaciones que renten los clientes y la modalidad que elegirán, no lo dejes a las recepcionistas. Este día es especial. Te sacudes la vergüenza y lo ofreces todo bien y a detalle —dijo Edu dejándome con los ojos más que abiertos. ¿Dónde estaba aquel hombre tímido? Lo que hace el dinero, por dios... porque lo que esperan ganar esa noche entre la cenita, el baile en el *Roof*, las bebidas y las habitaciones, estoy segura de que no será nada despreciable.

—Qué bueno que tocas ese tema, Eduardo. Aquí necesito que me especifiquen bien todo para no meter la pata.

Mientras Edu me respondía y Jos intervenía para agregar de su cosecha, yo no podía ni pestañear. Las sosas de Amaia y Natasha hasta dejaron el celular del lado y no miraron más el reloj para dar sus aportes de lo más emocionadas. Hasta les brillaban los ojos.

—Ok... necesito anotarlo —comenté ya algo agobiada de tanta información, hasta que Mago se acercó tímidamente y me tranquilizó diciendo que lo tenía todo documentado y por la tarde me mandaría un email con la minuta completa.

—Anota también, Mago —le ordenó Jos—. Paquetes de regalo para los despistados que no le llevaron nada a su pareja, de hombre y mujer. Incluye paquetes de juguetes sexuales con la mayor variedad y calidad que puedas. Clarissa, verifica bien costos y pásame la requisición para la salida de dinero de eso también.

«Madre mía, ya me estoy ahogando del agobio con todo lo que tengo que hacer, y además el tema que estamos tratando, y taaaaan a detalle, con el extra de ver a Jos con las mangas arremangadas y los dos primeros botones de la camisa desabrochados, me pusieron mal, muy mal. Cachonda y lo que le sigue», pensaba yo mientras les ofrecía una sonrisa a todos de “no pasa nada, yo puedo con esto y más”.

—Para terminar. Clarissa, esto será un evento privado, a puerta cerrada, en donde nos reservaremos el derecho de admisión. Solo pueden acceder con invitación. Las que habíamos hablado previamente. Los socios entregaremos algunas personalmente, las demás por favor verifica con Mago que lleguen a sus destinatarios.

Y esa tarde después de la reunión solo pude llegar a una conclusión antes de ponerme a trabajar como una loca: “Todo puede pasar en San Valentín” ...



No podía creer que solo quedara un día para la gran fi esta. Había hecho de todo en estos días, no era nada fácil organizar un evento con una temática que te disgusta, pero pasando este catorce de febrero quería borrar del mapa el color rojo; donaría un par de blusas que tenía de ese tono, y jamás pondría en mi escritorio nada que tuviera que ver con corazones.

Saqué el frasco de pastillas que tenía en mi bolso, el dolor de cabeza me estaba matando y los tacones estaban acabando con mis pies, llevaba todo el día corriendo de un lugar a otro para cerciorarme que todos los detalles estuvieran perfectos para la cena; con desgana traté de concentrarme en lo que me decía Antoine pero por más que veía como movía sus labios, estaba tan fastidiada que solo quería gritarle que parara y solucionara las cosas, que no me importaba si unas fresas venían un poco más pequeñas que el resto.

—No te preocupes, Antoine. Hablaré con el proveedor para que mañana a

primera hora tengas un nuevo pedido, ¿te parece? —traté de fingir una sonrisa, tomando las pastillas.

—Gracias, *querida*, pero si quieren una cena exquisita tenemos que tener solo lo mejor. Y seguramente entenderás.

—Lo sé, no te preocupes, tendrás esas fresas y harás los mejores platillos, dejarás a todos con un gran sabor de boca. Espera tengo que contestar este mensaje —dije fingiendo ver mi celular mientras me alejaba rápidamente del lugar.

Caminé un par de metros, alejándome de todos, quería un momento para mí sin más gente preguntándome sobre cada decisión, entré para esconderme al tocador de mujeres, cuando me paré frente al espejo un sonido nada femenino escapó de mis labios, lo que me faltaba. Mi rostro era un completo desastre; las ojeras se marcaban profundamente y además mi delineador se había corrido, parecía que había estado bajo el sol por horas y no hubiera hidratado en todo el día mi cara. Agarré una toalla del tocador y la moje para refrescarme el rostro, moví el cuello hacia los lados y traté de relajarme.

El sonido de mi celular me indicó que un correo electrónico me había llegado, *se había acabado el descanso*, puse los ojos en blanco y postergué lo que más pude el momento; lo que menos quería era ponerme a examinar mi celular para checar si era algo importante o correo basura, pero la inercia me ganó y abrí el email.

En cuanto comencé a leer lo que me había llegado mis ojos se abrieron de par en par y solté un juramento en voz alta.

—Mierda, mierda... tiene que tratarse de una jodida broma.

Sin dudarlo marqué el número telefónico del remitente de ese correo, y a los dos tonos escuché su voz al otro lado de la línea—. No me puedes hacer esto, Jos —dije con los dientes apretados, tratando de tranquilizarme sin siquiera dedicarle un saludo, sentía que mi cara ardía del coraje que tenía, sabía que se trataba de mi jefe, pero no podía aguantarme.

— ¿De qué me estás hablando? —su voz sonaba demasiado inocente para ser real, el muy *cabrón* estaba disfrutando de esto.

—No pienso asistir como invitada mañana —chillé al borde de la histeria, no iría a esa ridícula fi esta. No estaba buscando pareja, además quién en su sano juicio iba a una fi esta de estas para ligar, con la suerte que tengo seguro

me quedaba sola viendo como todos los demás encuentran alguien con quien pasar la noche y yo emborrachándome con margaritas hasta que alguien de seguridad me sacara del lugar.

—De eso nada, eres mi mano derecha y qué mejor manera que puedas estar pendiente de todo desde el lugar de la acción, necesito que sepas en qué podemos seguir mejorando para las futuras fi estas —dijo como si estuviera hablando con una hija desobediente, lo que me hizo bufar—. Además, te estoy haciendo un favor.

— ¿Un favor? —pregunté con incredulidad.

—Hace bastante que no sales con alguien, y sabes que en la fi esta solo estará la crema y nata de la ciudad, de hecho, me enteré que vendrá un rico empresario de Monterrey, que está entre los solteros más cotizados del país.

—No me hace gracia tu comentario.

—No me importa, te quiero ahí mañana, ya aparte tu lugar, así que Mago va camino para allá para hacerse cargo de los últimos detalles de la fi esta, dale indicaciones. Te quiero enfocada en esto, así que ve de compras y te consigues un buen vestido para mañana y una cosa más —hizo una pausa significativa—, te reserve una suite especial para ti —soltó una carcajada antes de colgar.

Me quede en medio del baño sin saber qué hacer, todo parecía una broma de mal gusto, pero el correo que me llegó confirmando mi asistencia y la reservación de la suite decían lo contrario. Me recargué en el lavabo y cerré los ojos. Mataré a Jos, juro que lo mataré.



Heme aquí, a regañadientes, pero Jos me va a escuchar, nada más lo encuentre en este mundo de gente. Han venido tantas personas, el lugar está repleto, no es por nada, pero ha quedado muy bien decorado, las luces, la decoración, el ambiente es el ideal para lo que se tiene en mente.

Eso sí, que ni piense Jos que voy a hacer uso de esa suite que reservó para mí, ¡está demente! Me hago espacio y busco a Mago para cerciorarme de que todo vaya bien, muy invitada y todo, pero Jos no recordó que tengo una tarea

titánica por delante.

Las personas siguen llegando y a todo aquel al que me topo, le doy la bienvenida con toda la amabilidad que puedo reunir en estos momentos, no me pasan desapercibidas aquellas miradas nada discretas de algunos hombres con los que me encuentro en el camino. Sabía que este vestido no era el idóneo para este evento, es demasiado sugerente, pero ¡ahí voy a hacerle caso a mi hermana! Nota mental, no volver a confiar en su gusto, tal parece que las personas a mi alrededor están muy preocupadas por mi soltería y les urge que encuentre pareja. Si al principio amé el vestido, ahora lo detesto, el escote en la espalda llega hasta, bueno, basta decir que cubre mi trasero, eso ya es de agradecerse, el peinado que me han hecho estilo años veinte me gustó mucho, sencillo, pero bonito, ni un cabello fuera de lugar.

Por fin encuentro a Mago, la pobre no se da a abasto.

—Mago —llamó a su espalda tocando su hombro con mi mano izquierda.

—¡Clarissa! Gracias al cielo —expresa con alivio— Luces hermosa— añade al ver mi atuendo.

—Gracias —digo algo apenada—. Dime, ¿cómo va todo?

—He mandado a todos a donde será la cena, las edecanes se han encargado personalmente de dar la bienvenida y especificar donde pueden solicitar las habitaciones si lo desean, gracias al cielo que llegas, tengo un problema con los obsequios y debo ir a revisar otra vez si están ordenando todo como lo expliqué, esto es una locura —pobre está muy nerviosa. — Tranquila, ve, yo me encargo.

Mago me agradece y sale hecha un bólido, comienza a hacer algunas llamadas y ya no sé qué más hace porque la pierdo de vista entre la multitud.

—Buenas noches, bienvenidos —digo con una fingida sonrisa a las personas que van llegando, entrego una tarjeta en la cual se informa que es lo que se ofrece esta noche—, cualquier cosa no dude en consultarnos —digo con amabilidad a una pareja.

—¿Las habitaciones? —pregunta la mujer.

Vaya, ni siquiera piensa disfrutar de la cena y el baile.

—Con mi compañera que se encuentra en aquella mesa —indico.

Continúo dando la bienvenida y algunas indicaciones durante un rato, parejas continúan llegando, así como personas que van solas o con alguna

amistad, después de todo también es día de la amistad o no, igual con derechos o sin ellos.

Todo el ajetreo comienza a calmarse, dentro de poco podré entrar y disfrutar de un poco de música y una copa de vino, dejando la parte de recepción a alguna de las edecanes.

Justo estoy por marcharme al restaurante cuando llegan tres hombres, uno más alto que los otros dos y así, uno de ellos, el que seguro rozará el metro noventa y tantos, que por cierto tiene una fuerte mirada que me intimida y me pone nerviosa, se dirige a mí.

—Buenas noches —saluda con voz gruesa aquel hombretón de piel bronceada y ojos ambarinos.

—Bienvenidos— sonrío, su amigo no me quita la mirada gris de encima. ¡Qué hermosos ojos! En mi vida había visto unos ojos así de bellos —¿Mesa para tres? —pregunto estúpidamente; pues claro que no, seguramente traen a sus novias o esposas, de esas que parecen modelos de revista y que no tardarán en aparecer.

El tercer hombre suelta una carcajada, sus ojos son cafés, un bello color café.

—Seremos cuatro —la varonil voz del hombre de ojos grises hace que me vuelva a verle, estúpidamente me sonrojo.

—Por supuesto —tomo las tarjetas y le entrego una a cada uno. El hombre de ojos grises rosa mi mano y una corriente eléctrica (por llamarlo así) se extiende por todo mi brazo, acto refl ejo quito la mano drásticamente, le ha causado gracia porque no disimula su sonrisa. —Eh... Oli —me dirijo nerviosa a una de las edecanes— podrías... —no termino la frase porque me interrumpe.

—¿Podría llevarnos usted? —Sus amigos sonrían y se adelantan.

—Claro —respondo a regañadientes, le hago una seña a Oli para que siga recibiendo a la gente en lo que llevo a estos hombres a su mesa. Al entrar al restaurante me fij o de reojo que ninguno tiene la pulsera de color que les tuvieron que poner en la entrada, y no sé en qué mesa ubicarlos; esa famosa pulsera que indicará durante la fi esta a todos los presentes, las intenciones que cada uno lleva para la velada. La verdad, quedaron monísimas, con el logotipo muy elegante del hotel y de muy buena calidad.

Roja, para parejas o personas comprometidas con alguien en esa noche, es decir, *mercancía prohibida*. Dorada, para los heterosexuales que están disponibles y vienen abiertos a encontrar pareja en la fi esta y lo que surja con ella. Azul añil, los que no buscan más que amistad sin ningún tipo de roce. Morado, aquellos que están abiertos a juegos privados de dos o más personas.

«Dios, ¡qué lío! A ver que otro día salen mis jefes con otra de sus brillantes ideas».

No me queda más que detenerme a medio trayecto y preguntarles con toda la profesionalidad y discreción que puedo, casi casi, a qué vienen.

—Disculpen, señores ¿no les ofrecieron una pulsera distintiva en la entrada de algún color? —Ojos grises, o sea el gracioso del *club de los machotes buenos*, me dedica una sonrisa cómplice, al mirar que en mi muñeca llevo una de color dorada.

«Mierda y más mierda otra vez, ese Jos tiene los días contados, y yo de tonta que obedezco hasta para ponerme la puta pulserita» —y es entonces que se descubre un poco el puño de su camisa mostrándome la suya del mismo color y una más de color morado. ¿Qué fue eso? ¿Una insinuación? Ejem, ejem...

Los otros dos como borreguillos hacen lo mismo, sonrisa burlona incluida. Les dedico una mueca y me giro hasta las mesas de solteros en donde los invito a tomar asiento con otras personas que ya están instaladas.

Una vez ubicados en su mesa, con las atenciones disponibles, me dispongo a marcharme cuando presentan a una de las bandas que tocarán, bajan las luces y una mano me detiene.

—Pido el primer baile —dice la voz de ese hombre de ojos grises, cuyo nombre desconozco. La piel se me eriza nuevamente.

—Lo siento..., señor. Estoy trabajando, pero le deseo una feliz velada.

—Carlos, ese es mi nombre. Y tú, preciosa, ¿eres?

—Clarissa González, la gerente del *Hotel Boutique*. Quedo a sus órdenes, Carlos. Cualquier cosa que necesite, estaré por aquí. —le respondí con la poca cordura que me quedaba, pues además de tener tanta responsabilidad encima para las siguientes horas, estaba molesta por las bromitas locales del

trío aquel, intimidada por el grandulón que tenía un no sé qué, que sé yo, y hechizada rayando en lo cachonda con el “ojos grises” llamado Carlos.

— ¿Para lo que sea, Clarissa? —me contestó el muy ruin rozando cada palabra muy cerca de mi oreja. Apenas pude tomar algo de aire para dejarlo ahí, plantado como se merece, cuando al levantar la vista, lo volví a perder al ver ingresar en el salón a la persona que jamás imaginé ni de broma ver de nuevo... Nicolás.

Todo se detuvo a mi alrededor y me quedé enganchada en esos ojos que, al verme, se abrieron considerablemente mostrando su desconcierto al reconocermme mientras se iba acercando peligrosamente hacia mí. Al llegar a mi altura y sin dejarme reaccionar, aquel trío de hombres que acababa de acompañar le abordaron para saludarlo.

—Hombre, creíamos que no llegabas, Nicolás. ¿Te dejó el avión de nuevo o te viniste de aventón desde Monterrey? —le preguntó el más alto de los tres mientras le palmeaba la espalda.

Nicolás no le respondió y saludo a los demás escuetamente sin quitarme la vista de encima con una expresión de lo más extraña. Estaba serio y con una sonrisa irónica bastante falsa que no le conocía. Estaba increíblemente guapo. No era justo verlo de esa manera, como si los años le hubieran premiado después de lo desgraciado que es.

— ¿Clarissa? ¿Ahora eres chica de compañía? Vaya, qué sorpresas nos da la vida —dijo en tono muy despectivo dirigiéndose a mí y dejándome muda de la impresión que me causaron sus palabras. Tal vez tardé un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hice, seguro me salieron hasta chispas por los ojos.

—¡¡¡Qué dices, imbécil!!! Los años pasan y hay personas que siguen igual de estúpidas, como en tu caso, Nicolás.

Ojos grises, alias Carlos. Estaba en medio del fuego cruzado y tuvo la sensatez de intervenir, sin alejarse demasiado de mí, como queriendo protegerme.

—A ver los dos. Estamos en un lugar para divertirnos y no vamos a montar una escena aquí. Nicolás, ya veo que conoces a Clarissa, pero te equivocas, ella no es *escort*, es la gerente del *Hotel Boutique*. Nos ha acompañado para ubicarnos en la mesa que nos toca para la cena y esto no es un prostíbulo, es

una celebración por el día del amor y la amistad, y aquí venimos a pasarlo bien y si se terciá a conocer a alguien.

—No fue lo que entendí cuando me llamaste, pero da igual. —comentó Nicolás molesto, mirando la mano con la que Carlos me sostenía de la cintura.

—No es necesario que te disculpes por llegar a atacarme de esa manera, Nicolás, de ti no me extraña nada —le dije irónicamente—. Y para sorpresas, la de volver a verte y justo aquí, echando mano de una fiesta para encontrar pareja. ¿Qué, has perdido tus habilidades de macho de las que tanto presumías?

Los tres amigos de Nicolás no salían de su asombro, y se notaba que se la estaban pasando muy bien, solo les faltaban las palomitas. Después de escupirle las últimas palabras con todo el veneno que pude y recordando que estaba en mi trabajo, me recompuse un poco el orgullo, me solté del agarre de Carlos y los dejé en la mesa con un palmo de narices.

Necesitaba una copa. Normalmente no acostumbro a beber mientras trabajo, pero es imposible aguantar estar en mis cinco sentidos con todo esto.

Verifiqué las últimas entradas y después me ubiqué en la barra a disfrutar como espectadora, mojito en mano, del desarrollo de la fiesta para distraerme. Todo parecía estar en orden y la gente se veía contenta, todos, hasta Nicolás que estaba riendo y coqueteando con dos chicas de su mesa, bastante más jóvenes que él, y muy bellas, por cierto. Me dio coraje, me dio tristeza y de repente los ojos se me llenaron de lágrimas. Definitivamente la idea de tener superado el capítulo de Nicolás, es una gran mentira que me quise creer yo sola, porque me duele verlo, me inquieta su presencia y me lastimaron sus palabras.

Me tomé el tercer mojito casi de un trago y me fui al baño para retocarme el maquillaje, pensando que no debía volver al restaurante. Me brincaría la cena y seguiría la noche en el *Roof Garden* para distraerme.



# Nicolás

*De nuevo perdí el avión que me llevaría de Monterrey a la Ciudad de México. La gente podría pensar que lo hago a propósito pues ya van muchas veces que me pasa, pero la realidad es que han sido casualidades, aunque muy dentro de mí sé que mis reticencias para pisar la gran ciudad tienen nombre de mujer.*

*La junta con la directiva de la empresa la tendremos a lo largo de la próxima semana, pero mi amigo Carlos me invitó a una fi esta en el hotel de un amigo suyo. Algo así como una celebración para solteros. Al menos eso entendí. Me dijo que habría mujeres con quien podría pasar un buen rato y así borrar mi cara de amargado, aunque fuera por un día.*

*Llegué tarde, pero llegué a tiempo a la dichosa fi esta después de dejar mi equipaje y darme una ducha para ponerme cómodo en el hotel que me reservó la empresa, que afortunadamente estaba cerca de mi destino.*

*No iba muy convencido, pero con tal de no soportar las insistencias de Carlos que finalmente era un buen amigo, ahí estaba, plantado en medio del restaurante del dichoso hotel, tratando de ubicarlo a él y a los dos gerentes de ventas, compañeros de la empresa que también estaban invitados.*

*Mi sorpresa fue mayúscula al entrar y ver a la causante de todos mis desvelos de los últimos meses casi en brazos de mi amigo. Clarissa, ¡Mi Clarissa! ¡Qué demonios hace aquí! Sonreía mientras mi amigo le susurraba algo al oído.*

*Clarissa es la única mujer de la que me he enamorado en toda mi vida, y digo enamorado hasta las trancas, por eso me sigue pesando tanto el haberla perdido por imbécil. Me dio mucha rabia la escena y a la vez algo se removió en mi pecho. Carlos dijo que aquí era lugar para encontrar entretenimiento, ¿qué la habrá llevado a rebajarse de esa manera para terminar como escort?*

*No le quité la vista de encima hasta que llegué frente a ella. Seguía tan hermosa, tan mujer y ese olor a frutas que la caracteriza se coló de*

*inmediato en mis fosas nasales, haciéndome estremecer como un crío.*

*Se notaba ella tan sorprendida como yo, y casi estuve a punto de pasar por alto el lugar y la compañía con tal de abrazarla de nuevo, pero los celos y el coraje me cegaron, llevándome con mi habitual ironía a atacarla verbalmente para hacerla sentir mal, para que se sintiera, aunque fuera un poquito como yo en ese momento.*

*Pero como siempre mi carácter impulsivo me trae problemas y quedé en evidencia cuando Carlos me explicó que no era un puticlub y Clarissa era la gerente del lugar. No me dejó ni siquiera disculparme cuando recibí el golpe verbal de regreso y luego se marchó.*

*Y aunque me arda la sangre por acercarme a ella, lo mejor será que trate de olvidar y para eso necesito compañía femenina y muchas copas.*

¡Menuda mierda!

Antes de subir al *Roof Garden* doy una última vuelta por el comedor, dejando a lado mi incomodidad y anteponiendo mi deber de coordinadora, me encuentro con Mago que viene con unas bolsas enormes de papel.

—¿Y eso que es? —Le cuestionó cuando la veo agotada por venir cargándolas.

—Parte de los... *souvenirs*, están pesadísimos.

—A ver te ayudo. —Cojo dos de las grandes bolsas que viene cargando y de verdad me asombro de lo que pesan—.

¡Por dios! ¿Qué es esto?

—Juguetes especiales.

—¿Pero no deberían estar en la recepción desde ayer?

—Sí dejaron unos ayer, pero parece que el proveedor trajo este pedido a... ¿consignación?

—Ok, pues vamos a dejarlos y luego ya me subo. ¿Pero por qué rayos pesan tanto?

—No sé, han de ser de oro. —se burla Mago.

—Ja, ja, ja, con la perversa mente de esas mujeres — refiriéndome a las novias de los dueños—seguro que sí. Habrá que ver como son.

—Pues coge uno y ya me dices.

—Cállate la boca, ¡cómo crees!

—Pues así no sabremos por qué pesan tanto.

De momento y quien sabe por qué, pero quiero ver por qué están jodidamente pesadas esas bolsas. Así que, mirando el brillito pícaro de Mago y mi curiosidad, caminamos por el pasillo que lleva a recepción y nos orillamos en un pequeño recoveco. Saco una de las cajas y solo de ver lo enorme de la caja y la ilustración ya me abochorno.

—¡Joder! ¿Qué es esto?

—A ver, ábrelo, quiero ver como es.

—No, Mago, ¡cómo crees!

—Permíteme tantito—Me quita la caja y hábilmente saca el enorme dildo rosado como con unas perlas en su interior y otra pequeña punta como con látigos que sale de la base, como de 25 cm.

Las dos nos asombramos y con sonrisa pícaro nos preguntamos qué es lo que hace. Se lo quito de las manos y lo analizo. Trae un cable con un mando, lo presiono y el artefacto comienza a girar y vibrar al mismo tiempo haciendo que gritemos del susto, casi dejándolo caer por la fuerza en la que se mueve, soltamos la carcajada.

—¿Necesitas ayuda con eso?

¡Dios mío, qué vergüenza! trato de apagar el pinche aparato y en vez de apagarse hace más rotaciones y ahora hasta se mueve hacia arriba y hacia abajo como pistón. “*Me lleva la chingada*” Otro intento por apagarlo y ahora la otra punta empieza a dar latigazos como papaloteando. Me doy, y se lo aviento a Mago para que ella lo apague mientras me controlo en cuestión de segundos para contestarle.

—No necesito ayuda, Nicolás.

—Parece que nunca has tenido uno de esos.

—¿Y que tú sí, a ti qué te importa? ¿Necesitas algo, o que haces aquí? ¿Necesitas ya tu habitación? ¡Vaya que rápido! —Le solté rápidamente sin pensarlo, nerviosa, avergonzada y de todo. —No, de hecho, no requiero una habitación para lo que voy a hacer.

—Oh, vaya, no creo que tengamos un espacio suficientemente adecuado para ti, entonces.

—Me vine a disculpar contigo y para eso no necesito habitación señorita gerente.

De pronto las mejillas se me encienden aún más de vergüenza. Yo

soltándole toda la retahíla de palabras venenosas y me ha hecho que casi se me doblen las rodillas. Me quedo mirándolo analizando en sus ojos la verdad de sus palabras y me doy cuenta de que es cierto. Cierro los ojos y respiro.

—Lo siento, es un día raro... solo permíteme un momento—. Me dirijo hacia Mago y veo que ya apago el endemoniado aparato y lo guarda avergonzada también.

—Ahora te ayudo, nena.

—No, no te preocupes, yo me encargo. Puedo sola —me indica cuando guarda la caja en la bolsa y levanta el resto para llevárselas.

—Permítame, le ayudo—se ofrece Nicolás.

—No, señor, no es necesario.

—Insisto, no tengo problema.

—No, de verdad, Nicolás, gracias, ya las llevamos —miro a todos lados buscando algún chico del servicio, pero nada.

—Yo las llevo y ya —levanta las bolsas casi casi arrebatándoselas a Mago y camina delante de nosotras.

No sé ni que decir, y Mago se siente igual o peor que yo seguramente, bueno creo que estoy peor yo, a ella no la ha cachado su ex con un roto-martillo de verga en sus manos. ¡Mierda!

*“Ok, Clarissa, no te atormentes, dejas las bolsas en la recepción, le agradeces sus disculpas, te excusas y sales corriendo de inmediato”* Me mentalizo para actuar rápidamente. Dejamos las bolsas en recepción y doy indicaciones. Le sonrió a Mago y me despido diciéndole que estaré en el *Roof Garden* si necesitan algo. Me giro para ver a Nicolás que se paseaba por la recepción admirando la estúpida escultura de hielo de los cisnes en forma de corazón, se dibuja una sonrisa en sus labios y nerviosa me acerco.



—Gracias por tomarte la molestia de venir a disculparte.

—No es molestia, no digas eso.

—Bueno, como estoy acostumbrada a que no te disculpas supuse que debió causarte molestia.

—¿Por qué estás tan alterada? La gente cambia Clarissa.

—¿Cómo qué alterada, ¿cómo no iba a estarlo? De pronto apareces insinuando que soy... puta, en vez de... no sé... hola, gusto de verte o algo así.

—Fue un malentendido, lo siento, yo también me ofusque un poco al relacionar lo que me habían dicho de este lugar y verte aquí. Discúlpame.

—Ok. Voy a hacer de cuenta de que no estás y no viniste y todo bien. ¿Ok?  
—Doy un paso atrás dando a entender que me voy, pero se pega más hacia a mí.

—Si te soy sincero no vine aquí buscando nada, salvo porque mi amigo me invitó y porque tenía cosas pendientes aquí en la ciudad. No pensé que el pendiente más grande que he tenido en mi vida, estuviera aquí.

—No me digas que soy tu gran pendiente, por favor. — Suelto un bufido de ironía.

—Venga, ya, baja la guardia un poquito. Ya me disculpé, es día de los amigos también, ¿no? ¿Podemos ser amigos, aunque sea por una noche? Y contarnos como nos ha ido en estos años.

—Mmm, me suena que... no gracias. En serio de verdad gracias, *baby*, pero ahora no puedo. —Le recito en cantaleta de niñita. Y me alejo rápidamente.

Me siento la mujer más triunfadora y empoderada del mundo por darle semejante plantón, pero ni modo, se lo merece, no por lo que me haya dicho hoy, sino porque fue capaz de dejarme toda estúpidamente enamorada y desnuda en su cama con una notita de "*Lo siento cariño, esto no puede seguir creciendo más, no estoy listo*". Así que no, no me pesa dejarlo plantado ahí, y no me atrevo ni a mirar atrás por el miedo a que ese sentimiento vuelva.

Me planto frente al ascensor y veo mi imagen reflejada en ella. Soy una mujer capaz de tener a quien quiera cuando me lo propongo, soy libre, soy atractiva, profesional y sí, porque no, soy buena en cama. Así que esta mujer increíble reflejada ahí, se va a divertir y va a demostrarles a los demás y así misma, que puede soltarse y que no se volverá a atormentar por un amor del pasado.

El ascensor se abre y entro dando un pasito muy al estilo tango. Los altavoces del ascensor emiten una cancioncilla bastante cachondita que me

gusta “*River*” Y me contoneo frente a los espejos, suelto mi cabello y relajo los hombros haciendo un bailecito para mí. Ok, ¡estoy lista! Voy a dejar atrás el pasado y a vivir esta noche como la desconocida que viene a divertirse. Espero lograrlo o la opción dos es, meterme a mi suite, pedirme ese juguete y terminar de probar lo que hace el endemoniado.

Las puertas del ascensor se abren y el fresco de la noche me pega de lleno, creo que la idea del *Roof Garden* no es tan buena, a pesar de que contratamos calentadores, se siente un vientecito fuertecito, con lo friolenta que soy terminaré en otro lugar con una taza de chocolate.

Pero localizo el calentador que está cerca de una salita *lounge* y me desparramo cautelosamente para no enseñar mis braguitas. Llamo al mesero y pido un *wiskey* para cambiarle y entrar en calor. Bailoteo las piernas al escuchar la música del *DJ*. Saco mi teléfono del pequeño bolso y en lo que me traen mi bebida, me doy la vuelta por mis redes sociales. Amigos, familia, presumiendo sus fotos en pareja, y claro, no faltan los memes de: *me alquilo para San Valentín*, y los de *forever alone* y la otra que se declara en contra de la celebración, y así, toda la retahíla de publicaciones del Piolín con el corazón y las otras que me etiquetan junto con otras 99 personas diciéndome que soy su mejor amiga. Agg, me chocan, pero como dije que me iba a divertir, me tomo una *selfi* e para ponerles algo así: *Sí, estoy sola y lo celebro conmigo misma porque me amo*. Pero no logro captar un buen halo de luz y salen todas oscuras, hago el último intento y detrás de mí; el hombre de los ojos grises me hace *PhotoBoom*. Me giro de inmediato, con cara de... *quítate de aquí*, pero él no se mueve y se queda posando. Con los ojos en blanco saco la foto.

—Ahora la postearé.

—Ja, ja, ja, pero con otra cara mejor. ¿Puedo? —solicita mirando el asiento.

—¿Te puedo ayudar en algo? —asiento con la mirada indicándole mi aprobación.

—Creo que pedí el primer baile, pero cuando te busque no estabas.

—Tuve que hacer unas cosas, ¿estuvo bien la cena?, ¿dónde están tus amigos?

—Creo que han conseguido algo y como que allá abajo el ambiente se ha puesto un poco... meloso. No es lo mío.

—Ya somos dos —Y luego analizo lo que dice de sus amigos y supongo que eso tiene que ver con Nicolás—. Así que, *todos* han conseguido algo. —Enfatizo mucho el todos.

—Bueno, al menos con los que llegue sí, creo que Nicolás se ha marchado.

—Oh, qué pena.

—¿Te apena? Pensé que no se llevaban bien.

—Lo digo con ironía.

—¿Tienen un pasado?

—Sí, lo tenemos, pero es eso; pasado.

—No me digas y, ¿qué pasó?

—No te contaré. Solo ya no está en mi vida y ya.

—Si hubieras estado en la mía, no te hubiera dejado ir.

—¡Ja, si claro! ¿por qué todos los hombres quieren aplicar las mismas frases?

—No sé, quizás porque funciona.

—Ya veo.

—Bueno, qué es lo políticamente correcto para decirte que me encantaste, que quiero conocerte, tomarme un trago contigo, bailar —se acerca despacio a mi cara—, decirte cosas al oído y no sé... quizás algo más, si así lo quieres.

El solo hecho de que se haya acercado ya me había puesto la piel chinita, tenía un algo que me atraía y no estaba de humor para negarme a la carne que se me ofrecía, y es que cuando hay esa electricidad uno sabe que terminaras con un cuello entre tus piernas. Así que me levanté, y le ofrecí mi mano.

—Ok, empezaremos por bailar.

La música cachondita de reguetón, aunque la odio, no puedo negar que es oportuna para mover el culo y hacer de este baile la provocación que quiero para llevarme a la cama a este hombre que aparte de estar guapo, huele riquísimo, y eso es parte importante para mí. Charlamos entre paso y roce, me habla de su trabajo y yo del mío y de momento nos damos cuenta que nos estamos pasando el *currículo vitae*. Y nos burlamos de ello.

—Creo que no hace falta impresionarnos con cosas laborales. —Ríe en mis oídos, acercándose contra él.

—Es verdad, creó que es la costumbre. ¿Quieres hablar de otra cosa?

—Me da cierta curiosidad, ¿por qué siendo la gerente de este hotel, traes

puesto el brazalete?

—¡Ja! Cosa muy sencilla, mi jefe me obligo por así decirlo, a asistir a la fiesta, el señor metiche creyó que me hacía falta.

—¿Y te hacía falta?

—No, pero ahora que lo estoy disfrutando creo que sí.

—Entonces me alegro de que tu jefe te obligara.

—Y tú me puedes contar porque optaste por traer doble brazalete.

—Cosa muy sencilla, uno nunca sabe que se puede presentar. Puede que en este momento quiera retirarme un brazalete y pase contigo el resto de la noche, o bien, podríamos ser más observadores y divertirnos con aquellos que si lo portan y están dispuestos. ¿Alguna vez has hecho algo así?

—No, jamás, no soy de compartir.

—Si nunca lo has hecho, ¿cómo sabes que no eres así?

—Supongo porque uno se conoce, y sabes que no eres capaz.

—Ven, y observa hacia allá —me gira para mirar unos metros donde hay dos parejas haciendo un bailecito entre todos pegándose unos a otros y las chicas rozan sus pechos mientras los hombres están detrás de ellas levantando sus vestidos.

Creo que esos clientes están listos para irse a su habitación, y paso saliva a ver la estampa. Carlos me hace mirarlos tomándome por detrás y haciendo que mis caderas se muevan a su antojo. No sé ni por qué me muevo, pero acepto su invitación a seguir mirando mientras pego más mi cuerpo al de él, y admiro esas personas volverse un nudo de brazos y piernas que se contonean de manera muy ardiente, un chico se arrodilla para morder el trasero de una chica y mete su mano hasta bajar su tanga, la inclina para chuparla mientras que ella, ofrece sus pechos a la otra chica que los toma apretándolos y bajando el tirante de su vestido, besa sus hombros y luego sus pechos.

Me giro para no mirar más, me estoy poniendo más que nerviosa, y me gusta. Me abrazo del cuello de Carlos y lo beso, sin más, bailamos y de pronto ya está posando sus manos en mi trasero, respingo un poco solo para ser calmada con un pequeño mordisco en mis labios. Me inquieto más, besa muy rico, sus labios parecen hechos para mí. Aprisiono su cuello en mis brazos, me levanta unos centímetros del piso solo para hacerme sentir lo que crece bajo él.

De pronto siento a alguien tras de mí, y de un jalón me desprende de ese paraíso que disfrutaba. —¿Qué estás haciendo Clarissa?

No sé qué fue lo que me impulsó; tal vez el mojito y el *wiskey*, o la escena que acababa de presenciar, o la abstinencia, o las emociones que bullían dentro de mí cada vez que pensaba en Nicolás —mucho más ahora que lo tenía a escasos centímetros—, o simplemente fue la combinación de todo lo anterior lo que hizo que, regresando a los brazos de Carlos, me enfrentara a mi corazón roto.

—¿Qué crees que hago, Nicolás?

Podía sentir su agitada respiración sobre mi boca, solo fue cuestión de entreabrir los labios, para que bajara de su altar y me besara. Nunca creí volver a sentir esos labios, ese toque dominante que me fascinaba, que todavía dolía. Nuestra conciencia dio paso a una reacción primitiva e impulsiva. Envolví mis brazos alrededor de sus anchos hombros y me empujé firmemente hacia él.

Nicolás no se resistió.

Mis brazos aún lo rodeaban cuando sentí que Carlos se retiraba—. No puedo —alcancé a detenerme con la poca cordura que me quedaba.

—Si, cariño, si puedes...

Me dio una mirada de advertencia que por poco me derrite. En ese momento, éramos Nicolás y Clarissa de años atrás.

Estaba celoso, ah, ¡y como me gustaba! —Estoy con Carlos.

Un detalle, no tan pequeño, que me resistí a obviar. De ninguna manera iba a permitir que Nicolás volviera a revolver mi vida... Y si lo hacía, siquiera que lo hiciera acompañado.

—Yo no comparto —aseguró deteniendo mis brazos cuando los quise retirar.

Riéndome, borracha de un inusual poder sobre él, contesté—: Si nunca lo has hecho, cómo sabes que no compartes, ¿verdad, Carlos?

Carlos respondió abrazándome por la espalda. Me gustó. Me gustó que, aunque Nicolás fuera su amigo, me diera la razón a mí. Nicolás y yo nos retamos con la mirada por unos segundos con sabor a minutos, horas, días. Lo suficiente como para dejar bien claro que me iba a salir con la mía, no había

otra alternativa.

Finalmente, su momento cavernícola pasó, reconociendo que yo también podía ser obstinada—: ¿Y si no quiero?

—Te vuelves a perder y me dejas bailar tranquilamente con Carlos — decreté segundos antes de que empezara una balada.

Me giré para encontrarme con un Carlos muy divertido—:  
¿De qué te ríes?

Envolviendo su cuello con ambos brazos, empezamos a mecernos muy despacio, casi en una caricia.

—De Ustedes. De que están locos uno por el otro, pero se niegan a aceptarlo. De que yo solo quería una noche fácil y estoy teniendo una de lo más divertida.

Me uní a su sonrisa cuando el brazo de Nicolás volvió a envolver mi cintura.

Mmm, ¡qué delicia!

Recargando mi cabeza en el hombro del hombre que me rompió el corazón, acariciando el cabello de un hombre que apenas conocía, y sostenida por los dos, di gracias por mi trabajo.

—Qué puedo decir, en *Hotel Boutique* nos gusta dejar al cliente bien complacido.

No estoy muy consciente de cómo entre al elevador, de cómo una boca irrumpía en la mía y después otra, de cómo reinaba la desnudes segundos después de entrar a la habitación, solo sé que, de alguna manera, se sentía como si fuéramos las únicas personas en el Hotel.

Carlos presionó el delicioso grosor de su erección contra la curva de mi trasero mientras las cimas de mis senos brotaban bajo el cuidado de Nicolás. El deseo estalló por todo lo largo y ancho de mi cuerpo; un cosquilleo continuo vendó cada extremidad, cada órgano por dentro y por fuera, curando al animal herido que vivía dentro mí. Jadeé presionando hacia atrás, frotándome contra Carlos mientras su mano subía por mi pierna, por la cadera, por el talle hasta sostener mis senos para Nicolás. —Así, preciosa, deja que se alimente de ti.

Un profundo jadeo salió de mi pecho cuando un doloroso mordisco de

Nicolás creó un relámpago directo a mi vientre. Haciendo uso de la experiencia, los dedos de Nicolás bajaron hasta encontrarse con la humedad de mi entrepierna. Pequeños y firmes círculos provocaron más y más humedad, un intenso deseo por estallar.

—Alguien está necesitada —susurró Carlos lamiendo la concha de mi oreja, el estremecimiento me hizo girar las caderas sin vergüenza, ansiosa de que me llenaran.

—Ah, como he extrañado ese sonido... —gruñó Nicolás antes de sostener el contorno de mi cara con su mano y forzarme a besarlo.

Afortunadamente, estaba sostenida por los dos, de otra manera hubiera terminado en el fi no tapete.

Emociones encontradas, lujuria desatada me hizo olvidar cualquier límite que existiera en mi mente, en mi razón. Sosteniéndome por su cuello, entrelace mis piernas a su cintura para que, de un solo y delicioso empuje, Nicolás me llenara por completo.

—Sí... —jadeé mareada de endorfinas—. Sí... —clamé por más con cada empuje, con cada estocada.

Con una vehemencia que no recordaba, Nicolás entraba y salía de mí torturando deliciosamente mi cuerpo.

Carlos lo ayudaba sujetando mi cintura, jugando con mis senos, murmurando...—: Cuando él acabe contigo, va a hacer mi turno, preciosa. Bien abierta y mojada solo para mí.

El cosquilleo que empezó en la pista de baile, que fue creciendo con cada empuje, con cada beso, estalló dejándome ciega; puntos blancos, rojos, de cientos de colores deslumbraron mi visión. —Joder, cariño... ¡Joder!

Mi vientre volvió a contraerse al sentir los espasmos de Nicolás. Hermosos recuerdos volvieron a mí. Ilusiones. Desolación...

Carlos no permitió que entrara en territorio peligroso, me regresó a la fantasía recargándome en la cama, subiendo una de mis piernas a su hombro.

—Tengo una sorpresa para ti.

Aunque debilitada, logré sonreír—: Ah, ¿sí? —Acaricié su torso, su fuerte pierna con la planta de mi pie, su piel se sentía muy caliente.

—Sí, pero primero... cena. —Hizo un guiño antes de abrir la boca y pasar

la lengua por cada una de mis cimas, tomándose su tiempo rodeando, mordisqueando, soplando.

Jadeé sin aliento, fue instinto lo que hizo que abriera las piernas haciendo más espacio para él; lo deseaba, deseaba que un desconocido me llenara, me hiciera jadear, me utilizara. —Oh, Cielos, esto esta tan mal.

Carlos levantó la vista y sonrió seductoramente, no cabía duda que el hombre engatusaba, sus ojos grises eran cristalinos, libidinosos. Se clavaron en mi de una manera que... me hicieron sentir un pobre y delicado canario, y por la triunfal expresión, supe que el gato se estaba relamiendo las garras.

—No estoy seguro a qué te refieres con “esto”. Porque esto —dijo juntando ambos senos—, está muy, muy bien.

Mis párpados se cerraron con el primer mordisco. Fui atormentada con labios, dientes, lengua, con caricias sutiles y demandantes.

—Estira tus brazos por encima de tu cabeza y aferrarte a la almohada para mí, cariño, voy a llenarte la boca y no quiero que tus manitas se interpongan en mi camino —seguí la orden de Nicolás sin rechistar. Abrí los ojos en cuanto sentí su aliento en mi mejilla para encontrarme con los ojos que un día me rechazaron, ahora solo me deseaban, lo podía ver en lo más profundo.

—Te odio —murmuré sorprendida de mí misma. —No, cariño, no es cierto.

Sus labios se interpusieron a mi protesta. Con malvado conocimiento, atacó mi boca. Él sabía dónde, cómo, cuándo...

Absolutamente perdida, me recreé de los labios de Nicolás en mi boca y de los de Carlos en mi cuerpo; mordieron, acariciaron, veneraron cada una de las líneas, de las curvas.

—Eres una chica muy traviesa... —me alabó Carlos separando los pliegues más íntimos de mi cuerpo. —Solo para mí —contestó Nicolás por mí.

Desafiando las palabras de Nicolás, levanté la cadera para Carlos. Presioné mi sexo contra la boca de un hermoso gato para que se alimentara de este travieso canario.

—Joder... —gruñó antes de abrir la boca y presionar sus dientes sobre los húmedos labios; lamió cada pliegue, los bordes, por dentro, por fuera. Mi

cabeza golpeó la almohada mientras me sacudía por su ataque. —Por favor...

Nicolás aprovecho el jadeo para llenar mi boca de su rica y endurecida carne. Mientras Carlos me cenaba, yo hice lo propio con Nicolás, degusté con deleite su sabor, mi sabor...

La agonía, la espera, la tortura, todo valía la pena por el placer.

Carlos usaba dedos a través de la humedad. Nicolás para guiarme; solté mis manos de la almohada y me agarré a sus muslos, lo engullía posesa, hambrienta por más carne, por más sabor, por más de él.

—Tranquila... —me reprendió separándose de su cuerpo—. Vamos a jugar como tú lo pediste.

No sé si era venganza o despecho, pero la fuerza que uso para levantar mi cuerpo y posicionarse atrás de mí, no fue delicada.

Y por supuesto, me excito más. Sujetando mi talle con su pecho, encimó sus piernas sobre las mías y me abrió, me expuso para Carlos sin reparo. Su respiración era tan agitada como la mía, incluso el palpitar de su corazón se ajustaba al mío.

— ¿Querías compartir? Vamos a compartir —gruñó mordiendo mi oído.

Carlos esperó. No se movió hasta que yo asentí y lo invité acercándose más a la orilla de la cama. Una invitación que rápidamente fue aceptada; aferrándose a mis rodillas y de un certero empuje, volví a llenarme por completo. Me agarré a las sábanas, grité, me reí entre dientes, si esto era para hacerme sufrir... que me hicieran sufrir todos los días y a todas horas.

—Tan jodidamente sexi —jadeó Carlos dejándose ir por completo, sin medirse entraba y salía, mis rodillas se cerraron cuando un delicioso dolor me agitó. Levantó mi cadera clavando sus uñas en mi trasero, agregando más dolor, más placer.

—Abre más las piernas, cariño. Déjalo entrar. Déjame ver.

Forcé mis muslos a que se abrieran. La posición era un poco incómoda, pero ¿a quién le importaba que mañana no pudiera caminar? Todo valía la pena por sentir este deseo, este anhelo, viendo como dos exquisitos hombres jadeaban por comerme, por darme placer. Con entusiasmo combinado con profundos gemidos, Carlos se balanceó hasta llevarme a una explosiva liberación, mis jugos recorrían mis piernas, las suyas.

—Lista, preciosa, ya estás lista para los dos.

Dejándome llevar por manos fuertes, me sacudieron de un lado a otro hasta que me vi encima de Nicolás. Regresé a tierra firme por sus ojos, por la mirada que traspasaba cada uno de los muros que tanto trabajo me costó construir. —Te odio —volví a repetir.

Entrando a mi cuerpo sin encontrar resistencia alguna, también volvió a repetir—: No, cariño, no es cierto.

Mi conciencia se perdió en algún punto de la habitación. Nicolás presionó su boca contra la mía demandando, deslizó sus dedos por mi piel hasta persuadirme y lograr otro orgasmo. Mi cuerpo cayó desfallecido contra el de él, cuando Carlos hurgó donde mi cuerpo se unía con el de Nicolás.

—Con cuidado, Carlos —demandó Nicolás entre beso y beso. Me distraía mientras Carlos hurgaba y hurgaba, se hacía espacio hasta que... logró su cometido.

Hice mi mayor esfuerzo para no asustarlos con los largos gemidos que se convirtieron en gritos cuando la satisfacción me sacudió desde el centro de mi ser.

—Oh, Cielos, no puedo... No puedo...

Pero no se detuvieron, entraban en mi cual reloj suizo, perfectamente sincronizados, perfectamente maravilloso. Presioné mi mano contra la cama para tener un punto de soporte, algo que me indicara que seguía en esta tierra y no en un mundo paralelo donde solo era un manojito de órganos derretidos por el placer.

Solo que, si lo era, era un desastre descuidado y más que saciado.

Sus jadeos, mis gemidos, su sudor que se mezclaba con el mío... quería más, que fuera infinito.

Carlos enredó su mano en mi cabello antes de gruñir y reforzar sus envites. Nicolás hizo lo propio sosteniéndose de mi cintura. Y yo... yo solo me dejé llevar por el oleaje infinito de endorfinas.



—Clarissa... Clarissa... —escuché a lo lejos.

Fuertes brazos me envolvieron. Labios carnosos se presionaron en mi hombro. Largas manos acariciaron mis piernas.

—Despierta, ya es de día.

Y la realidad, aparecía para pegarme de golpe... ¿Qué hice anoche? Un agudo ardor en mi entrepierna me refresco la memoria en un instante, el alcohol había soltado mis inhibiciones para tener sexo desenfrenado con dos hombres, pero no había sido sufi ciente para borrar el recuerdo. Solté el aire fuertemente a la vez que frotaba mis ojos para despabilarme; las manos del hombre que yacía junto a mí no dejaban de acariciar cada centímetro de mi piel desnuda, ¿quién de los dos es? Mi embotado cerebro no ha reconocido la voz.

Con los ojos cerrados por los nervios di media vuelta sobre mí para develar el misterio, ya frente a él con sutileza llevé mis manos a su rostro, el corazón me dio un vuelco de ansiedad... Es él, estoy segura.

—Abre los ojos, dormilona —su varonil voz me confirmó su identidad—, ya amaneció desde hace rato, he pedido el desayuno para dos.

Sin poder evitarlo una sonrisa triunfal se dibuja en mi rostro. Tantos años tuvieron que pasar para volver a sentir esta emoción que acelera los latidos del alma. Despacio abro los ojos para encontrarme de frente con su intensa mirada que tantas noches de soledad anhele con vehemencia.

—Hola —digo al fi n con una voz tan de ultratumba que le provoca una sonora carcajada que resuena en toda la habitación.

—Hola, cariño —sonríe Nicolás acariciándome la mejilla con dulzura.

Sus palabras me saben a gloria, pero es un trago dulce que al fi nal me deja un sabor amargo a causa del mal recuerdo de la última vez que nos vimos, por decirlo de un modo, porque lo último que vi de él hace años fue su perfecta caligrafía escrita en una burda nota de papel que rompió de una sola estocada mi corazón, mi orgullo y mi cordura. ¿Cómo pude caer de nuevo en sus redes? Mis ojos recorren instintivamente su anatomía para dar una respuesta muda a mi pregunta, pero aun así, por más perfecto que sea no es posible que este de nuevo compartiendo cama con él.

—¿Esta vez no hubo “notita”?

Despierta mi viperina lengua con un agudo comentario, el mal recuerdo del pasado activa mis defensas levantando poco a poco los muros que construí a base de lágrimas todo este tiempo y que Nicolás derrumbo en una noche con sus besos y caricias.

Su rostro se demuda ante mis irónicas palabras que le han caído como balde de agua helada.

—No, no hay ninguna nota, Clarissa —cierra los ojos, como luchando en su interior con algo que no logró entender—, tan solo café con el desayuno y no debe tardar en llegar.

Se endereza en la cama dándome la espalda, al parecer mi comentario lo ha incomodado sobremanera. Por un segundo me siento un poco mal por ello, pero el arrepentimiento me dura poco, si le molesto, que se joda. Me levanto como resorte de la cama, mis temblorosas piernas reclaman más las ignoro y con paso ágil me dirijo al cuarto de baño. Me urge una ducha, no sé si para borrar tanto fluido corporal que tengo pegado en cada centímetro de mi cuerpo o para serenar mi inquieto espíritu, Nicolás es capaz de provocarme demasiadas cosas.

Me detengo de golpe antes de cerrar la puerta de baño tras de mí, de repente me vino a la mente Carlos, ¿Qué paso con él? Doy media vuelta y regreso a la cama a donde Nicolás sigue sentado con la mirada perdida.

—¿A dónde se fue Carlos? —le pregunto de sopetón. —¿Te importa mucho?

Su boca se tuerce en una mueca que deja ver la molestia que le provoca mi pregunta por nuestro compañero de anoche.

—Solo quiero saber, estuvo aquí anoche y ya no está. Es todo, simple curiosidad.

Nicolás se levanta de un salto de la cama para acercarse a mí y sacudirme firmemente de los brazos.

—¿Te importa mucho donde está Carlos, Clarissa?

Escupe cada silaba cargada de celos.

—Ya te dije que es simple curiosidad —le contesto indiferente—, pero si así fuera es algo que a ti ni te va ni te viene.

Su mirada se oscurece dejándome a ciegas sin poder saber que siente.

—¿Eso crees? —Jadea entre dientes— ¡Claro que me va y me viene!

Su voz suena exasperada.

—Aja, y de cuando acá te importo, Nicolás. Anoche solo fui una conquista más del par de amigos, un juguetito, ¿no? —¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

Mi rostro se vuelve un poema a la incredulidad. ¿Cómo puedo pensar eso? ¡Por favor! Tengo razones de peso para pensar eso y más de él.

—¿De verdad necesitas que te explique eso?

—Sé que me porte mal en el pasado, pero las personas cambian y yo... bueno... ¡Eso ya es pasado, Clarissa! ¿No puedes olvidarlo? ¿Perdonarme?

Lo miro en profundo silencio, ¿puedo perdonarlo? Aun me duele su desprecio, mis mejillas aun arden por la humillación y mi pobre corazón aun llora cada noche por él. ¿Perdonarlo? ¡No lo creo!

—Clarissa... ¿Podrías perdonarme? —insiste al no ver respuesta de mi parte— De verdad, sé que fui un imbécil, solo tuve miedo, por eso salí corriendo hace años. Pero nunca te he olvidado, sigo enamorado de ti...

—No digas más —lo interrumpo de golpe—, no sirve de nada, no puedo borrar todo el daño que me hiciste por unas cuantas dulces palabras...

—Sí, puedes —exclama con esperanza mientras toma mis manos con las suyas—, si yo estoy dispuesto a olvidar la noche desenfrenada que vivimos, pasar por alto tu locura y enterrar el recuerdo de verte con otro, tú también puedes olvidar algo que paso hace tanto...

Suelto mis manos de su agarre, ¿acaso escuche bien? ¿Ahora debo agradecerle que olvide nuestro trío de anoche? Pareciera que hubiera yo cometido pecado mortal. Habrase visto semejante desfachatez, no si, ahora si se ganó la palma.

—¿Y a qué ahora te pases por alto lo de anoche y lo olvidas? ¿Y eso a mí, cómo para que me sirva?

Puedo ver como sus ojos se encienden ante la agudeza de mi lengua. Nicolás es de prenderse en un segundo, sé que lo he encendido.

—¿A caso no te arrepientes de haberte comportado como una...

—¿Putas? —Completo su frase con desdén— ¿A poco tú te has arrepentido por las noches de locura desenfrenada que de seguro has tenido con más de una mujer? ¡No lo creo!

—No es lo mismo.

—Claro que lo es y para que lo sepas de una vez, disfrute mucho estar con los dos, fue delicioso sentirlos a los dos... —¡Cállate! ¡No digas más!

Interrumpe mi insolente lengua. Sé que mis palabras le caen como *patada de mula*, pero, aunque en el fondo una diminuta voz interior quisiera gritarle que lo ama y que, si acepta todo lo que él dice, mi cordura gana la batalla, este hombre me destruyó una vez, no lo hará de nuevo.

Se acerca a mí y con su dedo índice levanta mi mentón. Sus ojos echan chispas, pero hay algo más en ellos que me estremece.

—Sé que lo dijiste por molestar —cierra los ojos tratando de contener su rabia—, y no me importa. En el fondo sé que es justificado tu coraje hacia mí, me lo merezco. Pero algo sí te dejo en claro, sí me he arrepentido de todas esas noches de locura con mujeres que tan solo prendían mi cuerpo, más ninguna lograba expulsarte a ti de mi corazón. Traté, te lo juro, más fue inútil, por más que lo intenté, no logré olvidarte en todos estos años. Me fui por cobarde, no porque no te amaré.

Quisiera poder creerle, arrojarme a sus brazos y vivir este amor que me consume por él, pero mi instinto de supervivencia es mayor. Otra vez no lo resiste mi corazón. —Lo siento, cariño... no estoy lista.

Le repito las últimas palabras de su fatídica nota y me doy media vuelta dejándolo con un palmo de narices, y me meto al cuarto de baño azotando la puerta tras de mí. Apenas estoy dentro y a resguardo me derrumbo. El orgullo me mantenía en pie, no podía quebrarme ante sus ojos, pero ahora a solas dejo que el impacto de haber rechazado al hombre del que he estado enamorada por tanto tiempo me caiga de golpe.

Abro la llave de la regadera para dejar que el agua tibia arrastre las lágrimas reprimidas junto con el sordo dolor que ha provocado quitar la costra que se había formado en mi herida. ¿Para qué apareció? ¿Por qué regreso a mi vida? ¿Con qué derecho viene a decirme todo eso? ¡Carajo! Me dejo caer en el frío suelo del baño hecha un ovillo mientras la imagen de Nicolás se clava en mi mente, la tristeza en sus ojos ante mi rechazo, ¿me estaré equivocando al dejarlo ir?

Paso un rato así hasta que mis ánimos se calman. Me incorporo y tomo una

de las suaves toallas blancas que están pulcramente dispuestas en la repisa junto al cancel de la regadera. Me siento un poco más relajada, he decidido hablar con él con más calma, no sé si lo aceptaré de nuevo, pero creo que fui demasiado tajante en mi respuesta.

Al salir del baño dispuesta a conversar, escucho como se cierra la puerta de la habitación, un nervio insólito se apodera de mí; como adivinando, camino lento hacia la mesita ataviada con exquisitas flores que está en medio de la suite... Efectivamente, ahí hay una nota. Mis manos tiemblan cuando la toman entre sus dedos:

*Clarissa, cariño... Acepto mi derrota, hace años fui un cobarde y hoy lo soy de nuevo, no puedo con tu rechazo. Hasta nunca.*

El corazón me da un brinco. ¡Se ha ido! Otra vez se fue. Las lágrimas corren de nuevo por mis mejillas. Nicolás se fue y esta vez por mi culpa. Al percatarme de su ausencia me doy cuenta de que lo único que en realidad quiero es tenerlo de vuelta, así que sin pensarlo corro a buscarlo sin importarme que tan solo tenga la toalla encima. Atravieso el pasillo ignorando un par de libidinosas miradas de algunos hombres que me cruzo en el camino hasta el ascensor, desesperada pulso una y otra vez el botón hasta que al fin se abren las puertas de par en par. —¡Clarissa!

Exclama un atónito Nicolás.

—Creí que te habías ido... yo... Salí para hablar, pero no estabas —miro mis manos con el papel arrugado—... la nota... ¡Regresaste!

Tartamudeo emocionada de verlo ahí de pie frente a mí portando la más bella de sus sonrisas.

—No podía perderte de nuevo, cariño —exclama atrayéndome a sus brazos—, fui cobarde una vez, no podía serlo de nuevo. Te amo, Clarissa y esta vez me quedo contigo para siempre.

—Yo también te amo —le digo plena de felicidad.

Mis manos se enrollan en su cuello mientras el elevador se cierra tras de nosotros. Su boca busca la mía con avidez, mis labios se abren para recibir los suyos con ganas, saboreando su dulce beso que va poco a poco subiendo de temperatura; una de sus manos deja caer mi toalla y la otra aprieta el botón de emergencia del elevador para que se detenga. La oscuridad se cierne sobre nosotros, y él pega su cuerpo más al mío haciéndome sentir su erección a

través de la delgada tela de su pantalón. Un escalofrío me recorre haciendo que la excitación llegue a mi entrepierna. Nicolás se acerca a mi oído para susurrarme con deseo:

—¿Lista para otra fantasía, mi amor?



**Fin**

# Romance en Tinta

En el Hotel Boutique hay muchas historias que contar, y pronto sabrás más de ellas solo en **Romance en Tinta** (escritoras mexicanas).

Autoras de este relato: Paula Guzmán, Azminda Cancino, Lizzy Kashougui, Becca Berger, Kristell Álvarez Solorzano y Mary Gómez.



# Agradecimientos

A la magia de las benditas casualidades, que me llevaron por este camino de letras que tanto me gusta y me llena de satisfacciones día a día.

A mi familia que me permite robarle un poco de tiempo juntos para poder escribir.

A mi amigo Luis Endrino Fuentes, por la realización del diseño de interiores y portada, gracias por todo el apoyo y paciencia.

A mi amiga Lizzy Kashougui, por siempre alentar mis ideas y locuras, por darme siempre su opinión y animarme a no desistir. Por ser mi cómplice de aventuras.

A mis queridas compañeras y amigas de **Romance en Tinta y Romántica, novelas con corazón**, por tanto apoyo y cariño. Caminar con ustedes lo hace todo más fácil.

A todas las personas que me dan un voto de confianza, permitiéndome llegar a sus mentes y corazones con cada historia

# Acerca de la autora



Paula Guzmán (Ciudad de México, 1972) su vida laboral siempre lo dedicó al mundo financiero, aunque siempre ha sido una apasionada de la literatura.

Inicia su sueño de escritora en diciembre de 2015, publicando en España su primera novela **“Un Corazón para Ana”** bajo el sello de Editorial Leibros, teniendo muy buena acogida entre los lectores.

En mayo de 2016, sale publicada su segunda novela **“Resurgiendo en tu Mirada”**, en coautoría con el escritor y poeta español, Luis Endrino Fuentes, ofreciendo al lector una propuesta diferente al crear una historia a cuatro manos, en donde la narrativa contemporánea y la poesía se unen para crear una novela llena de emociones, la cual ha sorprendido a todos sus lectores.

En mayo de 2017, sale a la venta el cuento infantil **“El Hada de los Peluches”**

**“Todo por un beso”**, relato de comedia romántica versión digital en

Amazon.

Ha participado en diferentes Antologías con relatos de su autoría publicadas en Amazon digital y también en tapa blanda: **“Un sueño de Amor”, “Navidad, Año nuevo y... Tú”, “Por siempre en mi corazón”, “Mi Princesa Rett”, “El resurgir de la luna”, “La voz de mi recuerdo”, “No te mientas, Susana”, “Anoche soñé contigo”, “Si fuera tú, siendo yo”, “El niño de los zapatos rotos”, “El despertar de Giselle”, “El día que volví a nacer”, “Persiguiendo mi destino” y “Hechizo en la noche de San Juan”.**

Miembro del grupo de escritoras mexicanas: **“Romance en Tinta”.**

Miembro del grupo de escritoras latinas: **“Romántica, novelas con corazón.**

Locutora de Radio Magic, producción de Musas Oscuras, en su programa: **“Entre letras y otras pasiones”.**

No te pierdas sus próximas publicaciones:

**Amelia, en el beso que te encontré**

**Tras las huellas de Kelly** (cuento infantil).

***La pueden seguir en:***

**FACEBOOK: Paula Guzmán Autor.**

**INSTAGRAM: paulaguzmanautor**

**EMAIL: [paulagmexico@gmail.com](mailto:paulagmexico@gmail.com)**

